

DÍAS HÁBILES



DÍAS HÁBILES



Teresa González Arce

Textos de Difusión Cultural
Serie Diagonal



Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2012



Diseño de nuevo logotipo
de la Dirección de Literatura: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Mario Roca

Primera edición: 26 de julio de 2012

D.R. © Teresa González Arce

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
04510 México, D.F.

ISBN: 978-607-02-3385-2
ISBN de la serie: 968-36-3757-4

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

*A mis amigos de los jueves
y otros días de la semana*

HORARIO CORRIDO

OFICINA DE OBJETOS ENCONTRADOS

Una de las paradojas más extrañas de este mundo globalizado y materialista en el que vivimos es la mala fama que sigue teniendo la avaricia. A diferencia de casi todos los pecados capitales, la avaricia no ha sido promovida al rango de placer permitido e incluso indispensable para el sostenimiento de la economía de mercado. Basta mirar unos minutos la televisión para confirmar que, excepción hecha de la avaricia y tal vez de la ira, los pecados capitales enumerados por santo Tomás son hábilmente explotados por la publicidad para convencer a los televidentes de que la obediencia a tan ordenados instintos sólo puede reportar beneficios y satisfacciones. Obtener una imagen intrépida a fuerza de desafiar todas las campañas de salud y seguir fumando; llenarse la barriga con dulces, refrescos y papas fritas; gozar de las comodidades de un colchón ortopédico; atraer a los hombres con una gota de perfume o tener exactamente el mismo coche que esa mujer a cuyo paso se inclinan por igual hombres, mujeres y niños, son invitaciones a entregarse gozosamente a la soberbia, a la glotonería, a la lujuria, a la pereza y a la envidia, así como a contribuir con ello al equilibrio económico del mundo.

Así las cosas, uno diría que el pecado más utilizado por la publicidad es, precisamente, la avaricia, porque, puesto que nada de lo que la sociedad de consumo promueve puede conseguirse sin dinero, quien quiera seguir el llamado de las sirenas televisivas deberá primero llenarse los bolsillos de billetes. Y

una vez adquiridos todos los productos que el dinero puede comprar, es la avaricia, y no otra cosa, la que lleva a los ciudadanos a multiplicar latas, botellas, taladros y coches que ya no necesita. Pero el propósito del avaro no es conseguir dinero para cambiarlo por bienes materiales sino atesorar el dinero o los objetos sin pensar demasiado en el provecho que pueda sacarles. Yo sé de avaros ejemplares que vivieron y murieron en la miseria más absoluta, incapaces de gastar una sola de las monedas que sus descendientes encontrarían más tarde escondidas en el colchón o bajo una losa.

Para un avaro, atesorar no es un medio para construir, por ejemplo, un patrimonio que hijos y nietos podrán gozar algún día. Quien atesora debe resignarse a que sus escondrijos y cajas fuertes no resistan a la curiosidad de los demás cuando él ya no esté en el mundo para protegerlos. Es incluso probable que el avaro intuya que al encontrar sus bienes, sus hijos, sobrinos o nietos no sentirán gratitud hacia el benefactor, sino que harán escarnio de él y de sus absurdas manías, y que tal rencor no hará sino duplicar el placer obtenido al gastar el tesoro.

Siempre pensé que a Rico Mac Pato, la cercanía del pato Donald y de sus tres sobrinitos debía resultarle más bien insoportable, y que participar en sus aventuras no era sino una manera de alejarlos de su hacienda, e incluso de propiciar algún accidentillo que le permitiera volver solo y aliviado a sumergirse en sus dunas metálicas.

No, la avaricia no es un pecado prestigioso en nuestro mundo. Dicen que el 95 por ciento de las transacciones comerciales que se realizan tiene que ver con el intercambio ya no de dinero por mercancía, sino de dinero por dinero, y que además se trata de dinero que nadie ve porque es puramente virtual. Dicen que el dinero es el rey del mundo, pero en Estados Unidos los bancos castigan a los ahorradores, y la posesión de bienes materiales ya no confiere prestigio ni poder. Nuestro imaginario económico —el mío, por lo menos— sigue recu-

rriendo a las montañas de dinero acumuladas en enormes cajas fuertes, pero los millonarios de hoy se parecen más bien a los pillos que, sin tener un centavo en la bolsa ni un solo par en el juego de cartas, hacen creer al crupier del casino que llevan las de ganar, y al final consiguen hacer perder a la casa.

La verdad es que ni Rico Mac Pato ni los especuladores de Wall Street merecen simpatía, y mucho menos compasión. Pero es un hecho que, por lo menos en términos metafóricos, la figura del avaro representa un mundo que quizá ha desaparecido del todo, y que suscita cierta melancolía. Alguien me dijo una vez que las personas tilichentas son, por lo general, más cariñosas que quienes se desprenden de las cosas con facilidad. Tal hipótesis se verificaría en el hecho de que las abuelas o madres —seres cuyo talante amable no es fácil poner en duda— atesoran cada uno de los objetos significativos de la vida de sus hijos o nietos. No metería mi mano al fuego por defender semejante teoría. Sé, en cambio, que uno puede desarrollar vínculos especiales con las cosas y que, contrariamente a lo que parecen decirnos la publicidad y el Fondo Monetario Internacional, no todo puede remplazarse.

Hace pocos días, por ejemplo, me di cuenta de que mi chamarra de mezclilla ya no estaba en el armario donde solía estar desde hace por lo menos dos años. La certeza de que la había perdido definitivamente sólo vino después de haberme negado varias veces a revisar con detenimiento el clóset, y tras haber fingido que otras prendas iban mejor con mis atuendos que la chamarra faltante. No es la primera vez que me pasa: así como los paraguas suelen desaparecer en cuanto escampa, los suéteres y chaquetas ligeras pierden su carácter necesario cuando el sol se impone y se deslizan de mi cintura, donde, por una mala costumbre que viene de mis años escolares, suelo llevarlas amarradas.

La normalidad de la cuestión, sin embargo, no mitiga el disgusto que siento al perder algo. Cada vez que esto sucede,

sin importar el valor material del objeto en cuestión, me reprocho a mí misma no haber sido más cuidadosa, y doy por hecho que nunca será posible recuperar o sustituir el objeto perdido. Durante un tiempo, viví en una ciudad pequeña que contaba, entre sus no pocas linduras, con una oficina de “objetos encontrados”. Gracias a ella, olvidar la mochila en un café o en el autobús podía no ser un accidente irreparable, pues siempre existía la posibilidad que alguien, convirtiendo el objeto perdido en un “objeto encontrado”, pensara en llevarlo a aquella idílica oficina. Así, aunque lo más frecuente era que las bolsas, mochilas o portafolios fueran entregados a sus dueños ya sin sus contenidos más valiosos, la oficina de objetos encontrados estaba ahí para afirmar que entre las cosas y las personas hay vínculos imposibles de sustituir.

Tal vez el miedo de perder alguno de los objetos que componen nuestro universo cotidiano esté relacionado con esa otra forma de avaricia que consiste en atesorar recuerdos. Sé que al decir esto me arriesgo a proporcionar datos suficientes para quien quiera calificarme de retentiva, pero una de mis angustias más recurrentes es olvidar definitivamente las imágenes, el orden y los nombres asociados a momentos felices de mi vida. Poco puede decir de esa angustia quien no tenga, como yo, una memoria resbaladiza y desprendida, dispuesta a vaciarse cada vez que nuevas informaciones deben ser procesadas.

Conozco algunas personas capaces de guardar en la memoria fechas exactas, direcciones y señas precisas, el número de página de cierta referencia bibliográfica, trazos de ciudades visitadas una sola y lejana vez en la vida. Darme cuenta de las habilidades mnemotécnicas de los demás, sobre todo cuando estos pertenecen al más estrecho círculo familiar, es entender que, si bien no son alarmantes, mis olvidos e imprecisiones tampoco son del todo normales. En cualquier caso, hay memorias cuidadosas, ordenadas, provistas de anaqueles exhaustivos donde millones de recuerdos aguardan el momento en que sus

dueños los necesiten. La mía, en cambio, sólo conoce una habilidad más o menos rara, que consiste en retener los rostros de la gente, relacionándolos con el contexto al que pertenecen. Más allá de eso, mi memoria tiende al desorden, y se resiste con frecuencia a entregarme los datos que le solicito.

Así como me he propuesto dejar de amarrarme los suéteres en la cintura o guardar las llaves siempre en el mismo sitio, he intentado mirar las cosas que me importan con más intensidad, como si eso convirtiera mis ojos en una especie de cámara fotográfica. Durante unos años, la estancia en un país extranjero se convirtió en un afán cotidiano por registrar detalles, colores, formas y sabores que en un futuro no muy lejano habrían de desaparecer de mi vida. Como una amante clandestina, vivía como si al día siguiente no fuera a tener nada, esforzándome en guardar en alguna parte de mi memoria todo lo que no iba a poder llevar conmigo de regreso. Ahora, muy lejos de ahí, llevo grabadas muchas de las cosas que me propuse guardar conmigo toda la vida: la forma y los colores de ciertos árboles, el color exacto de la cantera con que estaban construidas las casas, la longitud de la playa y el azul intenso del mar en las mañanas de invierno. Sobre todo, guardo como un tesoro amargo e inútil aquella tristeza, aquella avaricia descarada con que fui capaz de apropiarme de las cosas.

LA MEJOR CANCIÓN DEL MUNDO

A veces, al escuchar canciones en idiomas que no entiendo lo suficientemente bien como para disfrutar con igual fervor la melodía y las palabras, me divierte atribuirles temas, historias e intenciones que parecen convenir al ritmo y a la melodía. Pospongo intencionalmente la lectura del cuadernillo que acompaña al disco para poder oírlas así durante mucho tiempo. Con ingenuidad infantil, me enamoro de alguna canción, bailo a su ritmo y la tarareo. Sólo después, al traducirla, descubro que me había equivocado, o bien reconozco en cada uno de los versos las sensaciones que la música sola ya me había revelado.

El milagro de la coincidencia entre la forma y el fondo, entre lo que se dice y el cómo se dice, es aún más conmovedor cuando éste tiene lugar en una canción cantada en el idioma que uno habla y supuestamente entiende sin problemas. La impresión de estar escuchando algo bello e incomprensible se intensifica cuando las voces que no siempre nos revelan su significado se quedan en los oídos, cantando a la vez con el ritmo de la poesía y de la música, en espera de desvelarnos todos sus secretos en nuevas audiciones. Para mí, esta experiencia —la de gozar una canción en español antes de entender cabalmente el sentido de sus palabras— está ligada a mi adolescencia y a las canciones de Joan Manuel Serrat. Habitantes trasnochadas de la radio, canciones de los años sesenta y setenta llegaban hasta mí quince años después con una novedad

que sólo desdecían las trompetas demasiado enfáticas y los coros insistentes de sus arreglos. Había entre ellas una que sólo sonaba de vez en cuando y que, a diferencia de las demás, no abundaba en estribillos ni en repeticiones: “Mediterráneo”.

Hay en Europa una expresión despectiva para quienes entienden a destiempo algo obvio o ya sabido: descubrir el Mediterráneo. Como quien descubre el hilo negro o inventa el agua tibia, el descubridor del Mediterráneo recorre maravillado un mar que los hombres conocían desde tiempos remotos y que está ahí, a la vista de casi todo el mundo.

Al oír por primera vez la canción de Serrat yo descubrí, literalmente, un paisaje que ni siquiera sabía que existía y una canción que llevaba sonando por el mundo tantos años como yo tenía entonces. Y, desde el primer día, se quedaron conmigo fragmentos que el acento español de Serrat y el desconocimiento de algunas palabras no me dejaban entender. Pasó mucho tiempo antes de que yo entendiera palabras como *genista* o *recodo*, y la mención de Estambul o Algeciras no tuvo ningún significado real para mí sino hasta hace poco, pero todo era oír esa canción y ya estaba yo en un mar imposible de tan azul, y sentía que la alegría y el amor por las cosas que la música me transmitían estaban también en mí misma.

Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa
y escondido tras las cañas duerme mi primer amor
llevo tu luz y tu olor por dondequiera que vaya.
Y amontonado en tu arena
guardo amor, juegos y penas

yo, que en la piel tengo el sabor
amargo del llanto eterno
que han vertido en ti cien pueblos
de Algeciras a Estambul para que pintes de azul
sus largas noches de invierno.
A fuerza de desventuras
tu alma es profunda y oscura.

La canción más hermosa del mundo es la que permanece en el alma para siempre, aquella que va entregando a cuenta-gotas todos sus significados y que resuena en la mente cada vez que entendemos algo que nos parece de verdad importante. Como si estuviera escrita en un idioma extranjero que poco a poco fuéramos aprendiendo, la canción más hermosa del mundo nos enseña con el paso de los años matices que, al descubrirla, no podíamos escuchar ni comprender.

Que el Mediterráneo, por ejemplo, es ese mar “de a mentiras” que, según Platón, no puede compararse al verdadero océano que empieza en el Atlántico, y que otro cantante que también me gusta mucho, Georges Brassens, describió como “el gran charco de los patos” en una de sus mejores canciones, “*Les copains d’abord*”. En la canción de Brassens, el temperamento mediterráneo toma forma en un barco cuya tripulación, más que un grupo de marineros, es una banda de amigos borrachines y de buen corazón para quienes la amistad es lo más importante: “En las reuniones de los buenos amigos”, dice, en una imperfecta traducción que no da cuenta de las ingeniosas rimas y de la mezcla de palabras cultas y de argot que tienen todas las canciones de Brassens, “no solía haber plantones. Cuando alguno de ellos no iba era porque estaba muerto. Pero el hoyo que dejaba en el agua jamás se cerraba: cien años después, el muy pillo aún les hacía falta.”¹

Serrat, quien admiraba profundamente al cantante francés, retoma esta idea del alma mediterránea cuando, en una de las estrofas de su canción, dice: “soy cantor, soy embustero/ me gusta el juego y el vino/ tengo alma de marinero.” Pero más evidente es la influencia que otra canción, escrita por Brassens

¹ *Au rendez-vous des bons copains/ y avait pas souvent de lapins/ Quand l’un d’entre eux manquait à bord/ c’est qu’il était mort./ Oui, mais jamais, au grand jamais/ Son trou dans l’eau n’s’e refermait/ Cent ans après, coquin de sort/ il manquait encore.*

en 1962, tiene en la letra y el espíritu de “Mediterráneo”. La “Súplica para ser enterrado en la playa de Sète” es, en efecto, el antecedente más visible de la canción de Serrat. Gran homenaje al Mediterráneo como forma de vida, la “súplica” de Brassens describe su ciudad natal como “una playa donde, incluso en sus momentos de furia, Neptuno no se toma nunca en serio y donde, cuando un barco naufraga, el capitán exige a su tripulación que salve primero el vino y el pastís”.² En esta canción, la descripción del Mediterráneo es una seña para quien, llegado el momento, se encargue de enterrar a Brassens según un curioso testamento cuyo espíritu aparece casi íntegro en las estrofas finales de “Mediterráneo”:

Si un día para mi mal
viene a buscarme la parca
empujad al mar mi barca
con un levante otoñal
y dejad que el temporal
desguace sus alas blancas.
Y a mí enterradme sin duelo
entre la playa y el cielo...
En la ladera de un monte
más alto que el horizonte.
Quiero tener buena vista.
Mi cuerpo será camino,
le daré verde a los pinos
y amarillo a la genista...

La ausencia de duelo que pide Serrat es la misma de Brassens, quien tras excusarse por no querer estar en el mismo cementerio donde yace el cuerpo de Paul Valéry —un cementerio que se alza, imponente, en una colina frente al mar—

² *C'est une plage où même à ses moments furieux./ Neptune ne se prend jamais trop au sérieux./ Où quand un bateau fait naufrage./ Le capitaine crie : "Je suis le maître à bord !/ Sauve qui peut, le vin et le pastis d'abord./ Chacun sa bonbonne et courage.*

imagina un “nichito” de arena que no arruine la belleza del paisaje, y cuya cruz, al ver acercarse a las sirenas, se incline un poco para permitirle al trovador “una pequeña alegría póstuma”.³

La mejor canción del mundo es la que se instala para siempre en nuestra mente con la fuerza no de una sino de varias canciones que resuenan las unas en las otras y que forman con el tiempo una red infinita de imágenes, sensaciones y significados. Cuando tengo ganas de cantar, son las palabras y la música de “Mediterráneo” las que recuerdo en primer lugar y, tras ellas, vienen también las canciones de Brassens y otras que, sin saber por qué, acuden al mismo llamado. Es entonces cuando la mejor canción del mundo muestra toda su nobleza al ceder su título honorario a esas canciones que surgen y se alejan de ella como esa carta que otro personaje de Serrat escribe en el viento para una mujer que, como la canción que lleva su nombre —y que merece también el título de mejor canción del mundo—, está sin estar en todas partes:

Vuela esta canción para ti, Lucía,
la más bella historia de amor que tuve y tendré.
Es una carta de amor que se lleva el viento pintada en mi voz,
a ninguna parte, a ningún buzón.

³ *Et quand prenant ma butte en guise d'oreiller,/ une ondine viendra gentiment
sommeiller/ avec moins que rien de costume,/ j'en demande pardon par avance à Jésus,/ si l'ombre de sa croix s'y couche un peu dessus,/ pour un petit bonheur posthume.*

DE PUERTAS Y VENTANAS

Desde niña me han gustado las ventanas. En realidad, también me gustan las puertas, en la medida en que una puerta cerrada permite disfrutar de todos los placeres que una ventana ofrece a la mirada. Al cerrar voluntariamente una habitación o una casa, el espacio se reduce hasta convertirse en un lugar de dimensiones humanas. Cerrar las puertas es marcar un límite claro y contundente entre un exterior donde, por más agradable que sea, es difícil bajar la guardia, y un interior preservado de miradas ajenas y acciones que no podemos controlar. Quien llega a su casa sabe que, al cerrar la puerta, puede quitarse los zapatos o la ropa, remplazar los ruidos de la calle por su música preferida, y sentarse, acostarse, hincarse o lo que sea en el sillón que le parezca más cómodo. La puerta cerrada nos deja fuera del alcance de los demás y hace resurgir la voluntad absoluta de entre los escombros del día, pues nadie podrá acceder a nuestro espacio sin haberse ganado antes nuestro consentimiento.

Puesta entre las manos de un carcelero, una llave puede significar para el prisionero la pérdida absoluta de la libertad; pero una llave puede ser también, por paradójico que parezca, el símbolo de una autonomía alcanzada a fuerza de robarle cada día unos centímetros al espacio de los otros. Para mí, el paso de la infancia a la edad adulta estuvo marcado por la apropiación paulatina de los cotos de privacidad que la casa familiar, cuyos cuartos comunicaban entre sí en una sucesión

impresionante de puertas sin cerrojos, me iba deparando. Así, el placer inmenso que ahora tengo al cerrar tras de mí la puerta de mi casa, y que me empujó de lleno hacia la edad adulta, se vio anticipado por largas y ociosas estancias debajo de mi cama, en el baño y, finalmente, en lo que tras el injusto desalojo de mi hermano acabaría convirtiéndose en *mi* habitación.

Si las puertas cerradas delimitan el territorio de lo individual, las ventanas lo abren hacia el horizonte de lo posible y convierten el exterior en un objeto de deseo. Mirar la ciudad a través de una ventana es ver en ella, cada día, algo que nos invita a salir de casa y a mirarla de cerca. Las cosas, que tan grandes parecen cuando las tenemos cerca, entran al espacio doméstico ordenadas y modificadas por el marco de la ventana. Palmeras y araucarias, altos edificios y ropa tendida con esmero por los vecinos dejan de pronto de ser ajenos para formar parte de un universo armónico donde interior y exterior se confunden y nos pertenecen. Así, lo que ocurre en la calle o en las casas que alcanzamos a ver, el vuelo de las palomas o el pasar de los coches siguen estando fuera de nuestro alcance, pero los engaños de la perspectiva les otorgan una extraña y reconfortante familiaridad con muebles, cortinas, libros y cuadros.

Una de las ventajas que ofrecen las tardes libres es llegar a casa antes que anochezca y correr las cortinas poco a poco, de modo que cada objeto se transforme con la luz que entra por la ventana. Cuando hace calor, me gusta sentir el ambiente un tanto sofocado de las habitaciones cerradas sabiendo que basta un gesto simple para que el aire llene las estancias y circule por toda la casa, y en invierno me alegra saber que los vidrios me protegen del frío sin impedirme ver la lluvia o las palmeras doblegadas por el viento. Y cuando, cansada de ver hacia la calle, me pongo a leer un libro o a hojear alguna revista, agradezco infinitamente cada minuto en que la luz de la ventana vuelve innecesario el favor de las lámparas.

Pero las ventanas no sólo entregan sus dádivas a quienes se refugian tras ellas sino también a los paseantes que las miran desde fuera. Más que en los edificios públicos y monumentos, las ciudades suelen revelar sus secretos a través de las formas de sus ventanas y en los fragmentos de intimidad enmarcados por ellas. Las fantasías dibujadas en las herrerías y opacidades de las construcciones modernistas o los ventanales generosos de algunas casas construidas a principios de los años sesenta, por ejemplo, dan muestras de una veneración por la mirada que tiende a desaparecer en las ventanas temerosas, enrejadas y mezquinas de una arquitectura urbana más moderna y rentable. Bardas gigantescas como murallas medievales, ochenteros aluminios y cristales ahumados parecen confabularse en la negación del tránsito imaginario al terreno de los demás, condenando a la gente a un encierro de cortinajes espesos y televisores.

Ignoro si de verdad los ojos son las ventanas del alma, pero tengo para mí que con frecuencia las ventanas dejan entrever algo parecido al alma de las casas y de quienes las habitan. Una lámpara encendida, cuadros sabios o caóticamente colgados en la pared, figuritas de porcelana, una maceta con flores o un bulto cuya forma no alcanzamos a descifrar pueden ser, para el paseante indiscreto y nocturno, trozos de vidas que tal vez nunca le será dado conocer y que revelan una humanidad a menudo sepultada entre las prisas y las frases hechas de la vida pública. Mirar por las ventanas iluminadas en una calle oscura se parece a buscar en la mirada de los desconocidos destellos de familiaridad o de complicidad, y darnos cuenta de que, pese a la urgencia de construirse un refugio contra el mundo, ellos también necesitan dejar un resquicio abierto para los demás.

LA ROSA SIN PORQUÉ

A estas alturas, puede resultar ridículo comparar una amistad naciente con un botón de rosa que, al desplegar sus pétalos uno a uno y convertirse en una belleza compleja y plena, nos hace olvidar la emoción que el proceso despertó en nosotros a medida que iba ocurriendo. Una flor o, peor aún, una rosa, son metáforas demasiado comunes, imágenes que se han vuelto inoperantes a fuerza de mirarlas y retomarlas una y otra vez. Como la puesta de sol, que Oscar Wilde llegó a considerar de mal gusto, los pétalos de rosa encuentran hoy en día más prestigio deshojadas en las curvas de un helado o en una salsa que en los términos de una comparación o una metáfora. Así como el sol halla su mejor expresión en ese mango que describió el asombrado Cristóbal Colón, la rosa ha preferido abandonar el territorio de las imágenes sublimes para sorprender el gusto de los comensales exquisitos. Que nadie la culpe.

Finalmente, con la descripción de la amistad pasa lo mismo que con la rosa: nada mejor para apreciarla que ponerla a prueba sobre manteles y manjares. Nada mejor para ella que abrirse, como los pétalos de nuestra rosa culinaria, al ritmo marcado por el ir y venir de cocteles, postres y entremeses. Al principio, el terreno propicio para el florecimiento de la amistad es paradójicamente más exigente y menos profundo que el requerido por una amistad en plenitud. Esto se debe a que la elección de un café o de un restaurante para los primeros encuentros privilegia el ambiente y el estilo por encima de las sustancias

nutritivas. El ruido, el exceso en la decoración, la lejanía con respecto al domicilio de alguna de las partes son factores que podrían marchitar hasta el brote más succulento.

¡Cuántas amistades no han sucumbido ante el horror de encontrarse en un saloncito perfumado y carente de oxígeno! Descubrir que quien veíamos cómo nuestro futuro amigo del alma se encuentra a sus anchas en un lugar insoportable para nosotros; observar cómo el arrobo ante cierto pastel o determinada especialidad china lo hace perder el hilo de la conversación... no hay manera más triste de entender, en los primeros días de una amistad, que no habrá más pétalos abiertos ni sorpresas que nos apetezca recibir. Una cenaduría callejera o un restaurante fetiche no son, de ninguna manera, los mejores lugares para que algo tan delicado como una amistad recién nacida encuentre los nutrientes que necesita para seguir desenvolviéndose a sus aires. Vale más, en cualquier caso, acudir a sitios un poco neutrales donde lo principal sea siempre la conversación y no los platillos que supuestamente deberían incitarla.

Si un error en la elección de los primeros escenarios amistosos puede desencadenar catástrofes irreversibles, el buen tino en la materia dará pie a una historia común de referencias y gustos compartidos. Probar un café al que siempre habíamos querido ir en compañía de un nuevo amigo es una buena manera de inaugurar una ciudad común, hecha por las intuiciones de cada uno pero libre de manías y preferencias previas. Al dejarse llevar por la intuición, estamos aceptando modificaciones mínimas pero importantes en nuestra vida y dejando el paso libre a los imprevistos de la amistad. Innovar, por supuesto, es también una manera de aceptar que los errores de cálculo, lejos de desvanecer una relación, pueden dotarla de razones para improvisar, encontrar juntos cosas que ninguno por separado hubiera conseguido y generar anécdotas que habrán de sazonar reuniones futuras.

Las palabras comer, comercio y comunicación están unidas por una etimología íntima desmentida por los mejores diccionarios y que parece confirmarse en cada encuentro amistoso. Si bien es cierto que hay tantos tipos de amistad como seres hay en el mundo y que imponerle reglas resulta no sólo absurdo sino ocioso, es evidente que la conversación animada, las risas o risotadas e incluso las confesiones no son suficientes para que una amistad despliegue completamente sus encantos. En realidad, llega un momento en que el cine, los cafés y los buenos restaurantes agotan sus posibilidades y se impone un comercio particular entre las partes involucradas: el momento en que la comida, lejos de ser un pretexto para la conversación, es el símbolo de una comunicación profunda y real entre seres humanos.

Alguien me confesó una vez que encontraba absurdo dedicar un día entero a ir al mercado y a cocinar cuando era tan fácil salir a un restaurante o —en un caso desesperado— encargar un pollo asado y comérselo con los amigos. Ciertamente, los problemas que implica invitar a alguien a cenar no son pocos. Escoger el menú, asegurarse de que nada se queme, limpiar la casa y lavar los platos una vez que todo ha terminado no son bagatelas desdeñables. Quien invita a alguien a su casa, pese a todo, se regala el placer infinito de dar a quienes quiere algo de sí mismo en el sentido más literal de la palabra.

Alimentar a un amigo implica elegir, entre todo lo que uno puede y ama hacer, algo acorde a la idea que uno se ha hecho de uno mismo y del otro a partir de la convivencia. Así como los regalos nos gustan porque nos revelan lo que los demás piensan de nosotros, el aroma que nos recibe en casa de un amigo querido es un mensaje elocuente acerca de las expectativas que quien cocinó tenía del momento que nos disponemos a pasar juntos. La mesa puesta, la bebida con que brindamos, la música elegida por el anfitrión son al mismo tiempo un obsequio y una solicitud de apertura ante lo que se nos ofrece.

Quien come acepta lo que el otro le da, accede a nutrirse con alimentos escogidos y preparados especialmente para él, lo cual implica una enorme cantidad de confianza y buena fe.

Porque mientras estamos sentados a la mesa de alguien se nos pide compartir algo mucho más íntimo y material que una conversación: se nos pide bajar la guardia, dejar que los alimentos que se nos ofrecen formen parte de nuestro cuerpo y nos vuelvan aún más semejantes a nuestros compañeros de mesa. Quien invita a comer propone una comunidad que, de ser aceptada por el otro, da materialidad y sustancia a los hilos invisibles de una relación amistosa. En su afán obsesivo de venganza, el conde de Montecristo se propuso no comer jamás en la mesa de sus enemigos, pues esto le impediría cobrarse todas las ofensas cometidas contra él. En la víspera de su muerte, en cambio, Jesús comparte con sus apóstoles un pan que representa de manera inequívoca la comunidad de pensamiento y amistad que lo une a ellos. Ante ejemplos tan llenos de significado, queda claro que aceptar una invitación a cenar no es algo que deba tomarse a la ligera.

Tal vez la carga simbólica de la comida explique por qué una simple invitación a cenar puede ser en ocasiones un compromiso insoportable cuando una relación no es verdaderamente amistosa y pretende serlo de repente. Quien invita a alguien a su casa con el único propósito de obtener en el futuro favores de su parte o ganar su confianza de golpe —presumiendo de paso su envidiable situación económica y la exquisitez de su mobiliario— rara vez reflexiona acerca de la violencia que puede representar un gesto así. A la falta de verdaderos temas de conversación e intereses comunes se suma, de pronto, el compromiso de ingerir sin reparos los horribles bocadillos de atún colocados en la mesa de centro al tiempo que traga sin masticar las reflexiones insensatas de los anfitriones. Al salir de uno de esos encuentros, se tiene la impresión de que harían falta muchos días y varios estómagos para digerir tanta cortesía.

Rosa culinaria y sin porqué, la amistad despliega sus pétalos sin que los implicados se den cuenta de cómo sucede el milagro. A menudo, resulta difícil encontrar en la memoria el momento preciso en que un extraño se convirtió en nuestro amigo, y es imposible tarea saber a ciencia cierta cuándo empezó entre nosotros ese intercambio que mucho se parece a una cena entre amigos. De la misma manera que al madurar la flor olvidamos la imagen del botón en ciernes, la amistad se nutre de esos olvidos que nos hacen creer que conocemos a alguien de toda la vida. Las reuniones, los temas de conversación, las intenciones que nos hicieron acercarnos a alguien que hoy juzgamos indispensable se convierten —extraña digestión— en parte integrante de las relaciones que nos importan. Los lugares, las fechas, dejan de ser relevantes y hacemos como si cada invitación fuera la primera y estuviéramos aún ante ese botón que, entre hojas de lechuga y pastelitos, promete no dejar nunca de abrirse.

FUGACIDAD DEL PARAÍSO

Es viernes y falta sólo un minuto para la hora de salida. En esos últimos segundos pueden ocurrir muchas cosas pero, a menos que alguien llegue en el último momento para dar una noticia terrible, pareciera que nada ni nadie podrían atentar contra la inmensidad apacible que se extiende justo a la salida de la oficina. Ahí donde ya no hay horarios, asuntos pendientes ni voces apremiantes, en la primera baldosa del otro lado de la puerta, está uno mismo acompañado de todas las cosas que aplazó durante la semana. El que dos días no sean suficientes para ir al cine, comer, tocar el piano, ver a los amigos, pasear por las calles semivacías de la ciudad, levantarse tarde, escribir, cocinar y escuchar música es un detalle insignificante que uno no suele considerar en esos últimos instantes de la semana laboral. Como una playa virgen sobre la cual no se ven ni las minúsculas huellas de las aves marinas, el tiempo, las horas, los minutos parecen estirarse para contener absolutamente todo, lo imaginable y lo que aún no se nos ha ocurrido.

Dan ganas, a veces, de prolongar un poco los últimos quince o diez segundos previos a lo que entonces se parece tanto a la libertad absoluta. Prolongar uno y después otro, como quien deja que el helado que acaba de comprar se derrita ligeramente antes de darle la primera lengüetada. Dar unos pasos de equilibrio entre el deber y el querer, entre la cercanía de los colegas y la de los amigos, entre el umbral del despacho y la ansiada cerradura que resguarda el hogar. Egoísmo absoluto del traba-

gador a punto de tomarse unos días: qué importa si los demás comparten nuestra atracción por el abismo, si tienen opiniones al respecto o sugerencias para ir al cine. Hay que estar atento, como el cazador a punto de atrapar a su presa o el astrónomo que espera toda la noche para ver una estrella. Y, al llegar el momento preciso en que uno desea a los demás un buen fin de semana, salir con paso decidido sin mirar atrás ni preguntarse si hay o no asuntos por resolver antes del lunes.

Salir del trabajo un viernes al mediodía es un placer que puede intensificarse si, en lugar de volver a casa en coche o en autobús, uno puede permitirse hacerlo a pie, por calles sombreadas y ligeramente alejadas de las vías principales. La emoción aumenta considerablemente si el paseo se realiza, pongamos por caso, un mediodía de febrero y al levantar la vista descubrimos que cierto árbol se ha cubierto repentinamente de flores amarillas que vuelven aún más intenso el azul del cielo. Ya entrados en detalles, la nota final del *crescendo* la dará, ya en casa, esa planta que parecía haberse secado por falta de riego y que muestra ahora unas hojitas tímidas que invitan a no darlas por perdidas. Siendo un viernes al mediodía, uno puede imaginarse de pronto a la ciudad cubierta de flores amarillas y a la plantita que renace convertida nuevamente en una mata frondosa. ¿Por qué no?

La expectativa de tener ante sí tantas horas aún vírgenes encuentra su reverso exacto en la melancolía del domingo al caer la tarde. Al terminar la comida familiar o al salir del cine, uno se encuentra con un día casi concluido y a veces definitivamente oscurecido. Alumbradas por luces eléctricas, las primaverales parecen menos brillantes y menos amarillas, y las compras del supermercado y otras tareas insignificantes ocupan ahora el lugar que, apenas el viernes a mediodía, estaba reservado a todos los placeres de la vida.

Al día siguiente, cuando la sensación de recibir como regalo un fin de semana intacto se convierta en pasado, y el pre-

sente inmediato sean unos pies cariñosos bajo una sábana que no nos resignamos a abandonar, comenzará a gestarse de nuevo esa ingenuidad primigenia por la que todo trabajador a punto de salir de la oficina se asemeja, por unas horas, al primer hombre en el Paraíso.

TRAZOS EN LA CIUDAD DE ARENA

No hay mar alguno al final de la explanada. El horizonte azul que aguarda a lo lejos, interrumpido solamente por los tejados rojos de algunos edificios, el barandal que señala el cambio abrupto de altura entre la ciudad vieja y lo que un día fueron los suburbios, todo se confabula para dejarnos creer que un río, un lago o una entrada de mar está esperándonos del otro lado. No nos cabe en la cabeza que quienes fundaron la ciudad hayan decidido darle la espalda al mar o, simplemente, apartarse a una distancia prudente de él para seguir deseándolo, para planear con emoción una tarde en la playa o un paseo por los estanques. Caminamos entre los plátanos —frondosos en verano, negros y desnudos en invierno—, atraídos por el perfil de la montaña y una promesa acuática que sólo se desvanece al llegar al pie de las escalinatas que bajan hacia el bulevar. Convencidos de que ahí tendría que estar el mar, volveremos a buscarlo al día siguiente como si sólo hubiera salido a dar un paseo.



En los dinteles de las puertas, labrado en alguna esquina, pintado en las iglesias y evocado en las placas de las calles, san Roque no termina de irse. Hace como que tiene prisa: no suelta el báculo, no se quita el sombrero, y deja que el perro le lama eternamente las heridas. Nadie duda que sea un viajero ni que

su destino final, como el de tantos peregrinos que pasan por ahí, esté muy lejos de esa pequeña ciudad del Mediterráneo. Avanza a pasitos cortos, como quien no quiere la cosa, y se detiene a descansar a cada rato. Las heridas de sus piernas esperan el gran milagro de Santiago para sanar, pero eso no quiere decir que el calor, instalado en las plazas y prolongado con dulzura a lo largo de los callejones, no alivie también el dolor. Un día más, otro, y la gente empieza a reconocerlo. Ven que sufre, pero igual le piden favores que él concede sin prisas ni aspavientos. Mientras Santiago de Compostela no se mueva de su sitio él, san Roque, podrá demorarse en sus calles color de arena y, a falta de mar, perderse en el azul intenso de su cielo.



No es un lugar particularmente hermoso. Es verdad que los días claros uno alcanza a distinguir desde ahí los estanques e incluso el mar, y que en ningún otro lado se puede ver mejor la montaña que los lugareños llaman el Pic Saint Loup. No es un mal sitio para sentarse a leer, y los viejos deben pensar que aquellas veredas terregosas entre los árboles no están mal tampoco para perder las horas jugando a la petanca. A los niños les gusta subir los peldaños del castillo de agua, e incluso echar una mirada a los peces que nadan en el pequeño estanque. Hay algo triste en el color de la piedra, sobre todo los días nublados, cuando la luz deja de reflejarse en ella. Pero está bien descansar en las bancas de piedra y escuchar los golpeteos africanos del tam tam que alguien toca en la parte baja del paseo. La estatua ecuestre de Luis XIV podría ser antipática, parada ahí, tan pomposa en medio de la nada, pero la pátina que la cubre acaba por hacerla soportable. Uno se acostumbra a ella al igual que llega a tolerar ese musgo espeso que cubre cada fuente de la ciudad. Luego de mirar las vitrinas de las tiendas caras, de pasar junto al arco de triunfo y de atravesar el bulevar, hace

bien entrar en ese espacio tan abierto, tan exageradamente amplio e inútil, sin comercios, sin más belleza que la concedida por la luz.



Caminaba solo por las calles de la ciudad, con la mirada triste y un gato acurrucado en la gran maraña de la cabeza. No parecía dirigirse a ningún sitio, ni preocuparse por la estabilidad de su mascota, que solía dormir plácidamente en su mullida atalaya. Su extravagancia ya no despertaba admiración en la gente, acostumbrada desde hacía mucho a su caminar lento, a su cuerpo tan delgado y pequeño, a sus grandes anteojos. Pero mirarlo con atención tenía sus recompensas: el gato no era siempre el mismo, y creo que a veces, cuando el largo de su cabello lo permitía, llevaba más de un bicho en la cabeza. De vez en cuando dejábamos de verlo y aparecía luego con la mirada aún más triste, la ropa menos sucia y la cabeza rapada y sin pasajero. La última vez que me crucé con él supe que algo había cambiado en su vida. En su boca se dibujaba algo parecido a una sonrisa: el cabello le había crecido y no caminaba solo. Llevaba un gato en la cabeza, como antes, y una mujer caminaba torpemente a su lado, como queriendo evitar que el gatito acurrucado entre sus greñas se despertara antes de llegar a casa.



Dos grandes ausencias marcan los contornos de la ciudad: la ausencia del mar y la ausencia de las murallas que alguna vez defendieron sus calles de presencias enemigas. El mar, en realidad, nunca estuvo ahí, pero su cercanía se adivina en el aire. Las murallas cayeron un día, o fueron derribadas, pero sus cicatrices gobiernan aún la circulación de la ciudad y siguen

marcando sus límites. Las antiguas torres o puertas que aún existen permiten reconstruir mentalmente un dibujo que persiste en el trazo del bulevar y en la altura de la ciudad vieja con respecto a sus alrededores. Imagino la antigua ciudad amurallada, enroscada sobre el monte, sin prestar demasiada atención a las montañas, los viñedos y el mar que la circundan, y pienso que las cosas no han cambiado mucho desde entonces. Las murallas han caído, pero los coches deben ganar múltiples batallas cotidianas para acceder a sus calles angostas, y el caminante sin condición física tendrá que resignarse a mirar el perfil de la catedral desde el valle o bien a quedarse en la parte más alta de la ciudad sin salir nunca de sus contornos. Deben ser esas mismas murallas invisibles las que me hacen sentirme segura al salir de mi casa y recorrer las calles de la ciudad, como si ese espacio fuera una extensión de mi hogar y como si nada debiera temer mientras me quede ahí, entre los muros de ese castillo de arena que es Montpellier.

ERASMO Y EL BASILISCO

A Luis, que viaja conmigo

A veces, descubrir una ciudad implica un proceso muy parecido al inicio de una relación amorosa. Todo suele comenzar con un nombre, y con una imagen hecha de retazos tomados de aquí y allá. Tal vez hemos visto fotos de sus principales monumentos, y oído hablar de ella a los viajeros que nos han antecedido. Si se trata de una ciudad importante, es incluso probable que hayamos leído alguna novela que ocurra en sus calles, o que su geografía esté vinculada con algún suceso histórico relevante. Antes de llegar a su destino por primera vez, todo viajero inventa el lugar al que se dirige, de manera que el encuentro real con sus calles y plazas públicas es necesariamente un enfrentamiento muchas veces violento, y siempre estremecedor, entre la ciudad recorrida en sueños y la realidad concreta.

Uno de los temores que suele experimentar el viajero es no encontrar en la ciudad que se recorre por primera vez los encantos que otros le habían prometido, o la belleza que sus propias fantasías le atribuían. Aunque hay ciudades diseñadas para el asombro inmediato, y que se entregan generosamente al viajero aun antes de que éste descienda del tren o del vehículo en que se mueva, la verdad es que quien viaja casi siempre debe resignarse a entrar a las ciudades por la puerta de servicio, y soportar la angustia de no saber si de verdad se esconde algo de valor tras esos primeros edificios industriales, bodegas y basureros que suelen estar en la periferia de cualquier centro urbano.

Encontrar la primera vista hermosa de una ciudad tras haber deambulado durante un rato por sus rincones más impresentables y anodinos es una manera de rendir tributo a nuestro deseo. Las molestias del viaje, el desagrado de encontrarse de pronto en una estación de trenes sucia o abandonada, o en una terminal de autobuses situada a varios kilómetros del centro, se ven de pronto recompensados por el perfil de ese monumento famoso que, como una indulgencia, aguarda al final de las peregrinaciones turísticas para hacernos olvidar los inconvenientes del traslado. De modo que el amable vistazo original de una ciudad desconocida a la que recién llegamos es como ese primer beso recibido tras largos, interminables días de espera e incertidumbre, que nos deslumbra y permanece para siempre en la memoria.

Tan hermoso y necesario como el descubrimiento mutuo que inicia cuando los amantes se besan por primera vez es el aprendizaje que consiste en dejar de ver en las ciudades sólo lo que ansiábamos encontrar y aceptar poco a poco las sorpresas que se nos deparan. En realidad, las bellas imágenes, por más que nos empeñemos en fijarlas en nuestras cámaras fotográficas o de video, no bastan para lograr que las ciudades de verdad nos digan algo que nos importe. Sí, podemos llevarnos de regreso a casa aquello que todos los turistas reciben como muestra de agradecimiento de parte de ese anfitrión amable pero un poco fatigado de recibir tantas visitas al día. Pero el vínculo indisoluble sobre el que se construyen las relaciones perdurables, ése hay que ganárselo con un esfuerzo que no siempre da frutos.

Hay ciudades espectaculares y extrovertidas, como París, cuyas ganas de agrandar no parecen agotarse nunca. Hay, en cambio, ciudades más tímidas, que sólo empiezan a hablar cuando sienten que el peligro ha pasado por completo, y que pasan inadvertidas para los amantes de las entregas inmediatas. Hace no mucho tiempo un congreso me llevó a Basilea, ciudad

célebre por haber albergado durante muchos años a Erasmo de Rotterdam, y cuya belleza ordenada y limpia no desmiente la fama de las ciudades suizas. En principio, Basilea no parece un lugar con muchas sorpresas: de la puntualidad previsible del vuelo en que llegamos, hasta la cortesía distante y eficaz de los taxistas, recepcionistas o vendedores con quienes tratamos, pasando por la ausencia total de situaciones imprevistas en el trayecto del aeropuerto al cuarto de hotel, todo parecía indicar que nuestro contacto con la ciudad sería sencillo e inmediato.

Los tiempos muertos del congreso y una tarde libre que nosotros mismos nos concedimos nos permitieron descubrir que tras su imagen de niña estudiosa y ordenada, Basilea esconde maneras de ciudad mediterránea. La gente, más sonriente y políglota de lo que habíamos creído, parecía moverse con soltura en las calles limpias pero sinuosas del centro en que nosotros mismos nos perdíamos. Los múltiples callejones y escalinatas de piedra bordeados por fachadas antiguas y ventanas decoradas con flores parecían de pronto poner en duda la claridad expresada por la plaza principal, de un rojo muy intenso, y por la serenidad de un río atravesado por el ir y venir de barcas eléctricas que igual trasportaban estudiantes que familias enteras que comían pasteles y entonaban canciones alegres. Y es que bastaba internarse un poco en el entramado de las calles para toparse con uno de los emblemas de la ciudad: el basilisco.

Aquí y allá, sobre los dinteles o en el centro de fuentes y bebederos, este monstruo fabuloso con cresta de gallo y cola de serpiente desafía a los paseantes. Aunque el agua limpiísima que suele circundarlo conjura el poder letal de su mirada, el basilisco compite, orgulloso, con el báculo obispal que figura sobre la bandera de Basilea. De alguna manera, la adopción del basilisco como símbolo alternativo de la ciudad da cuenta de la doble naturaleza que sus habitantes supieron ver en ella: si, por un lado, la presencia de los príncipes obispos en el

gobierno justifica la persistencia del báculo, la cercanía fonética entre los nombres alemanes del basilisco (*Basilisk*) y de la ciudad (*Basel*) permite percibir, por el otro, un rostro menos inofensivo de la idílica Basilea.

La clarividencia de los basilienses y el poder que se atribuye a la mirada de su emblema convocan, sin quererlo, al humanista holandés cuyos restos yacen en el Münster, la catedral que dejó de serlo cuando la ciudad se convirtió en el centro del movimiento reformista suizo. En Basilea, Erasmo de Rotterdam comparte con el báculo y el basilisco la misma calidad de símbolo, subrayando con ellas lo que fue quizá el pilar más sólido de su pensamiento: la convicción de que tras las apariencias se esconde algo más profundo y más real que es posible descubrir mediante la interpretación. En una época en que la iglesia católica era la única dueña y señora de los textos sagrados, la mirada de Erasmo entendió que tras la rigidez de las versiones canónicas de la Biblia permanecía el mensaje salvador de los primeros cristianos. El espíritu, pensaba Erasmo, subsistía bajo una letra falseada y deteriorada que la tradición humanista debía restaurar y reinterpretar.

En el museo de Basilea se encuentran dos de los retratos que otro personaje célebre de la ciudad, Hans Holbein el joven, hizo de Erasmo poco antes de salir huyendo de la austeridad que el protestantismo había llevado al ambiente artístico de la ciudad. En uno de ellos, cuya reproducción traje conmigo de regreso en una postal, el teólogo aparece de perfil, concentrado en las líneas que escribe, con letra muy menuda, en la parte superior de una hoja. A diferencia de un retrato casi idéntico que se exhibe en el museo del Louvre, el fondo sobre el que se recorta el rostro de Erasmo no simula los dibujos de un tapiz, sino que los trazos finísimos del retrato avanzan sobre una superficie verde y lisa que vuelve aún más exuberantes las telas que visten al modelo. Como si se tratara de subrayar el privilegio concedido por el papa a Erasmo al dispensarlo del uso de

los hábitos, Holbein se dejó seducir por las untuosidades del terciopelo, las vetas de la seda y las rugosidades del paño. En comparación con los negros y marrones de su atuendo, la piel de sus manos y de su cara constituye una superficie luminosa sólo superada por la blancura del papel en que escribe. Si los matices de oscuridad atraen la mirada hacia la magnificencia del abrigo, los dos polos luminosos del cuadro subrayan la frialdad de unos rasgos a la vez contraídos y serenos, concentrados en el acto de escribir. Tal vez el único rasgo realmente expresivo del perfil sea la nariz prominente de Erasmo, y esto en virtud de la dirección que señala con su filo lo que parece ser el punto central del cuadro: la escritura. La nariz de Erasmo, en efecto, es como una flecha que se prolongara en una línea invisible en el canutero que el teólogo sostiene con la mano derecha, y en la tinta que éste va dejando a su paso.

El libro rojo que le sirve de apoyo, así como las sortijas que adornan el índice y el anular de la mano izquierda que descansan sobre el papel, marcan el fin de ese movimiento de la mirada que debe detenerse en la escritura porque en esas letras está contenido todo lo que oculta el rostro impassible de Erasmo. Carne convertida en letra, escritura transformada en espíritu: uno quisiera leer las palabras que surgen ahí donde los ropajes y la carne impiden el paso de la mirada. Tal vez bastaría averiguar qué empresa ocupaba al humanista en 1523 para aventurar una hipótesis sobre el fragmento exacto representado por Holbein en el cuadro. Yo prefiero imaginar que lo que surge a la vez de la mente, de los labios cerrados y de la pluma de Erasmo no son sino esas líneas donde el teólogo holandés afirma que las plegarias proferidas a gritos son vanas, puesto que Dios prefiere el silencio: “No el ruido de los labios, mas el deseo ardiente de las entrañas es el que toca las orejas de Dios más adentro que ningunos alaridos recios”.

El basilisco —justo es advertirlo— encarna los peligros que acechan a quien va y mira lo que no debe ser mirado. Tales

peligros, desde luego, también son recompensas: en Basilea, bajo la superficie cantarina de la ciudad, hay como un yacimiento de silencio que reta y sorprende a quien logra descubrirlo y asume, así, un riesgo. El agua impoluta de las fuentes de Basilea, sus callejones estrechos y sus tejados puntiagudos, pienso ahora, pierden al viajero en sus laberintos porque en ellos se concentra, como en el retrato de Erasmo, todo aquello que la claridad esconde y prepara. Quien camina despreocupado por esa ciudad como de cuento, ignora que en cualquier instante las escaleras que suben y bajan pueden conducirlo hacia lo que no se escucha, pero que grita con sonidos inaudibles en la mirada letal del basilisco.

LA PARTE POR EL TODO

Roland Barthes y John Berger, cada uno a su manera y en relación a asuntos diferentes, han dicho que la fuerza de una fotografía o de una pintura nace de un detalle creado por la misma obra de arte. A ese detalle que nos llama la atención al ver una fotografía sin saber muy bien por qué, Barthes lo llama *punctum* y se encuentra ahí, sosteniendo el ritmo y los significados de la composición a la manera de esa viga maestra sobre la cual descansan todos los elementos de una construcción. John Berger, por su parte, hablará de un *lugar* que nada tiene que ver con el espacio plasmado en una pintura: se trata de un centro que nace en el espacio pictórico como una matriz, un punto central del que surgen todos los demás componentes de la obra.

Muchas e importantes son las diferencias entre el arte y la vida, y muchas más aún las que separan una obra de arte y la vida de un individuo común y corriente. Eso no impide, sin embargo, que al mirar hacia atrás y tratar de encontrar el sentido de lo poco o lo mucho que se haya recorrido, uno distinga ciertos puntos focales de la existencia y les atribuya las mismas virtudes que Barthes y Berger conceden al *punctum* y al *lugar*. Como estos últimos, tales puntos focales no tienen que ser especialmente relevantes. Muchas veces, al contrario, resaltan entre todos los datos de nuestra memoria sin que consigamos explicarnos por qué guardamos esos recuerdos, tan insignificantes en apariencia, y no otros que podrían parecer más valiosos.

Ignoro si esta experiencia es compartida por la gente de memoria prodigiosa, de la que hay tantos ejemplos en la vida y en la literatura. La mía es más bien una memoria aproximativa, hecha de imágenes e impresiones que no siempre puedo situar en el tiempo y en el espacio sin temor a equivocarme. Más que a una computadora, mi memoria se parece a esos sueños en los que una mujer aparece representada con la cabeza de un actor célebre, y en los que dos ciudades se funden en las calles de un mismo recorrido. Las fechas se ordenan según criterios inexplicables para mí —en cualquier caso, no son los criterios del calendario— y muchas veces oigo con sorpresa el relato de alguna aventura en la que yo misma participé.

Entre todo ese desorden de ideas, recuerdos, sabores, olores y demás elementos que componen mi memoria, destacan como estrellas fugaces algunos recuerdos nítidos que me sirven para recomponer lienzos más amplios de experiencias pasadas. Hace muchos años, por ejemplo, hice un viaje al sureste mexicano con otros muchachos que, como yo, acababan de terminar el último grado de secundaria. Nunca antes había viajado sin mis padres, y nunca antes me había alejado tanto de mi ciudad, así que yo estaba entre asustada y eufórica por la expectativa de conocer las ruinas arqueológicas, ver el mar caribeño y comprar alguna chuchería en Chetumal, ciudad que, en aquellos tiempos anteriores al Tratado de Libre Comercio, se anunciaba como el paraíso de la fayuca norteamericana.

Me cuesta trabajo recordar en qué mes exactamente hicimos aquel viaje. Sé que era verano y hacía mucho calor. Puedo hablar en desorden de las ciudades que visitamos, decir lo mucho que me impresionaron las pirámides de Palenque y lo feliz que me sentía en Veracruz, pero no consigo acordarme de las calles de Xalapa y Mérida aunque estoy segura que estuvimos ahí al menos un buen rato. Puedo recordar, en cambio, la mirada de un muchacho que iba en el grupo y con el que nunca

crucé ni media palabra, y el transcurso de la última noche que pasé en el autobús, ya de regreso a Guadalajara.

Los profesores habían ordenado al chofer que apagara las luces del autobús, pero no habían conseguido que nos durmiéramos. Alguien comenzó a cantar, y en unos segundos algunos de nosotros habíamos dejado nuestros lugares para acercarnos a él o a ella, tampoco recuerdo —puede, incluso, que ese alguien cantara acompañándose con una guitarra. Nadie durmió aquella noche. Se decían cosas divertidas o nos divertíamos con las cosas que se decían, y quienes viajábamos de pie conservábamos un equilibrio precario sosteniéndonos en los respaldos de los asientos y en el tubo que suele haber en los autobuses para tal fin.

Entre canción y canción, en la oscuridad de aquel autobús lleno de estudiantes, el dedo meñique de mi mano izquierda sintió un roce inesperado y leve. Era apenas un indicio de que mi mano no era la única en aferrarse del tubo y la constatación de que éramos un grupo numeroso. El roce, sin embargo, se afirmó en un momento, y la alegría de la noche, la tristeza del regreso y demás emociones encontradas tomaron forma en esos dos meñiques —uno mío, el otro ajeno— que parecían tener vida propia, mientras sus dueños no osaban ni siquiera voltear un poco la cabeza para mirarse a los ojos. El roce de los dedos no se transformó en nada más. Nunca volví a ver a ese muchacho. El calor de ese encuentro mínimo, en cambio, el entumecimiento de las piernas y los brazos, que no cambiaron nunca de posición por miedo a que se rompiera el hechizo, permanecen intactos: *punctum* de aquel viaje al sureste, *lugar* de todo lo sucedido aquel verano.

Los recuerdos que no guarda mi memoria, las imágenes que no registraron mis ojos, persisten en el dedo meñique de mi mano izquierda como si esa ínfima parte de mí sostuviera todo el andamiaje de quien fui en aquella época. La intensidad de esa caricia diminuta y prolongada, por otro lado, resulta

inexplicable si uno piensa que la sensualidad y la sexualidad son asunto de cuerpos enteros, de actos concluidos, de palabras mayores. Lo cierto, pienso yo de pronto, es que todas las experiencias épicas —sexuales o no— descansan también en gestos insignificantes cuyo destino, en principio, sería perderse tras las vivencias trascendentes, del mismo modo que los granitos de arena se pierden en la playa. Y para probarme a mí misma que lo que pienso es cierto, me apoyo en otro recuerdo, esta vez proveniente del cine.

Hay una película bastante atípica de Martin Scorsese, *La edad de la inocencia*, en la que los protagonistas se resignan a una pasión contenida por culpa de las convenciones sociales de su época. En el Nueva York de principios del siglo xx, una mujer como la condesa Olenska —Michelle Pfeiffer, en la película— no podía divorciarse de su esposo aunque éste la hubiera maltratado ostensiblemente. Un hombre como Newland Archer —interpretado por el magnífico Daniel Day-Lewis— no podía dejar, sin consecuencias, a la convencional muchacha de buena familia con la que estaba comprometido para vivir con su verdadero amor, la condesa Olenska. Todo el deseo contenido, las palabras no dichas, el sufrimiento de la pareja, es visible en las miradas de los actores, en la tensión casi imperceptible de sus bocas y sus cuerpos, que permanecen distantes durante casi toda la película.

Hay un momento, sin embargo, en que toda esa fuerza erótica que los une se sale de control: en el transcurso de un breve trayecto en carruaje, Archer desviste la mano de la condesa en un gesto que suple todos sus encuentros imposibles. Con ternura, con todo el deseo del mundo, retira uno por uno los dedos de su amada de ese guante que simboliza las demás prendas de la condesa, símbolos a su vez de los corsés sociales que la pareja no osa romper. Al final de la película —y de la novela epónima de Edith Warthon, de la que la película es una adaptación— un envejecido Newland Archer intenta ver de

nuevo a la condesa y, en el último instante, se arrepiente y da marcha atrás. Tal vez prefiere guardar en su memoria el recuerdo nítido e intenso de una mano temblando de deseo al contacto de su piel.

Una extraña fascinación une al mundo femenino con la imagen de la casa. Más que las muñecas como tales y demás juegos con los que la sociedad prepara a las niñas de casi todas las culturas para ejercer más tarde tareas de mujeres adultas, la casa de muñecas me parece representar con exactitud ese lugar desde el cual una mujer entiende el mundo y participa en él. (Leo la frase que acabo de escribir y me doy cuenta de que, no siendo socióloga, psicóloga, feminista ni historiadora, no puedo hablar con certeza de un hipotético lugar desde el cual todas las mujeres, por el simple hecho de serlo, se situarían en su comprensión de la realidad. De modo que parece más sensato corregir lo escrito y hablar solamente del vínculo que yo, que soy mujer, he establecido desde niña con la imagen y el concepto de la casa, y de la importancia que esa relación estrecha tiene con mi propia forma de entender el mundo. Renuncio, sin embargo, a desmentirme porque sospecho que, aun sin pruebas, algo hay de cierto en lo que ya he dicho, y también porque ya viene siendo hora de acabar con ese imperativo de sensatez que tanto se parece a la obsesión por la limpieza).

La relación a la que me refiero es en principio bastante simple y tiene que ver con la representación del cuerpo como continente. Si la imagen que un niño descubre en el espejo permite, según Lacan, que éste se descubra como un individuo independiente de su madre y comience a entender lo que él es con respecto a los otros, las casas de muñecas contribuyen a

imaginar el propio cuerpo como una entidad metafórica. A diferencia de lo que ocurre con la imagen en el espejo, la casa de muñecas no es una reproducción más o menos fiel de lo que los demás ven de nosotros, sino una representación simbólica y subjetiva del cuerpo, es decir: algo que no somos nosotros pero que se parece a nosotros. Siendo una reducción a escala de una casa de dimensiones reales, además, la casa de muñecas permite asociar una idea demasiado general y extensa —la abstracta idea de casa o la casa en la que vivimos— con esa mezcla de interioridad y exterioridad en que nos vamos convirtiendo a medida que crecemos.

Por supuesto, la semejanza entre una casa y el cuerpo es una construcción cultural que no se entendería sin todo ese entramado histórico del que participa la tradición judeo-cristiana, entre otras tradiciones y filosofías antiguas. El cuerpo como templo del alma, los ojos como ventanas a la espiritualidad, las múltiples rutinas de limpieza interior cuya finalidad es sacar del cuerpo todo aquello que lo ensucia, son sólo algunos ejemplos de cómo la casa se impone desde el lenguaje como un símil natural del cuerpo y de su capacidad contenedora. Ya en un terreno menos culto, es posible constatar la fuerza de estas metáforas y su incidencia en la vida cotidiana con un simple repaso por las ilustraciones más comunes de los libros infantiles de cuentos o de la imaginería televisiva y publicitaria. Casitas cuyas ventanas son ojos, puertas que se tragan a la gente como si de bocas se tratara, identificación de la fortaleza de una construcción con la solvencia moral de sus habitantes (como ocurre en el célebre cuento de “Los tres cochinitos”): imágenes ingenuas que preparan al niño a asumir desde temprano que su cuerpo es una fachada, que su interior se compone de elementos móviles y ordenables y otras ideas que van componiendo su comprensión de sí mismo.

Ciertamente, todo lo anterior no es algo específico del sexo femenino. Edificar la personalidad con ladrillos de buena cali-

dad e impedir así las embestidas pulmonares del malvado lobo es una enseñanza que nuestra sociedad inculca más o menos por igual en niños y niñas. Por igual, o casi. Ahora que lo pienso, las lecciones de ingeniería que sostienen el cuento infantil al que acabo de referirme nunca me importaron demasiado o, en todo caso, me importaban mucho menos que la soledad de aquella pobre princesa que tuvo que dejarse crecer el pelo para poder trenzarlo y hacer con él una cuerda que le permitiera al príncipe subir a la torre en el que la tenían encerrada. Como si el castillo mismo tendiera una mano hacia el exterior, la trenza larguísima y rubia de la doncella se descolgaba por la ventana, aceptando de antemano el dolor que seguramente causaría el peso del fornido caballero que treparía por ella (supongo que el interés del cuento por inculcar el espíritu de sacrificio excluye la posibilidad de que el príncipe suba a la torre ayudado por una escalera o por una cuerda lanzada con una ballesta, en lugar de exponer a su amada a una calvicie temprana y a fuertes dolores de cabeza). Metáfora de la seducción femenina, la torre —asimilada a esa princesa de la que sólo vemos la cabellera— atrae así al caballero, lo introduce en ella, con más intenciones de compartir el cautiverio que de ser libre.

Tener una casa de muñecas es una forma de prepararse a experimentar el propio cuerpo como una cavidad, como un espacio donde caben cosas espirituales y materiales. Ordenar las habitaciones a escala, decidir qué mueblecitos van aquí y cuáles allá, es disponerse a una interioridad que la imagen misma de la casa vuelve visible. Las casas de juguete, los castillos y casitas encantadas de los cuentos infantiles están vinculadas a atributos femeninos que las sociedades parecen haber establecido desde que el mundo es mundo. No en vano es la caverna un símbolo del vientre femenino. No es tampoco por azar que en muchas mitologías antiguas la Tierra —con las diversas cavidades que la conforman— sea una divinidad femenina. Tanto en las cosmogonías ancestrales como en el

cristianismo, la mujer recibe, guarda, atesora, protege, mira hacia afuera con sus ojos enormes como ventanas como si por el simple hecho de ver el mundo exterior, éste pasara a formar parte de ella.

Ver o escuchar para interiorizar y comprender el mundo... María, uno de los personajes más bellos e importantes del cristianismo, habla poquísimas veces en los evangelios. En múltiples ocasiones, sin embargo, se nos dice de ella que callaba, observaba, y guardaba todas las cosas importantes en su corazón. Los recuerdos gozosos de su hijo pequeño en el templo, sus milagros y luego su martirio y su muerte son relatados, exteriorizados, por los relatos de los evangelistas. En un sentido inverso, María acoge silenciosamente todo lo que ve, lo atesora, lo guarda para ella, en un gesto que recuerda el acogimiento del hijo en su vientre. El corazón y el vientre de María son, en los evangelios, cavidades maternas que acogen imágenes, palabras y carne como en una casa segura y confortable, como en un cofre que no se cansa nunca de encerrar tesoros.

Pero las imágenes de los cuentos y los mitos, la fascinación que una niña puede sentir por su casa de muñecas, todo está precedido por una experiencia real que ha encontrado traducción en el lenguaje simbólico de todas las culturas y que existe también desde que el mundo es mundo. La idea del cuerpo como continente se realiza cuando, en el vientre de una mujer, un par de células se va convirtiendo en algo que se mueve a su antojo, haciéndose espacio entre órganos vitales, huesos y arterias. Si la maternidad precede a sus símbolos, sin embargo, la experiencia de ser madre es más comprensible y disfrutable gracias a las metáforas presentes en la cultura. Vista a través de la experiencia verbal y plástica de la metáfora, la gestación de un hijo no se reduce a estar embarazada: es también ahuecarse, convertirse en habitáculo, en casa.

El cuerpo, preparado desde la infancia para acoger la noción de dualidad, se vuelve durante diez meses lunares en una estancia gobernada por leyes misteriosas e implacables: el vientre se ensancha, los órganos se repliegan y las venas cambian sus rutas regulares. El espacio se crea aparentemente de la nada, como una cueva o, mejor aún, como una obra de exacta ingeniería. No recordamos nada de esa casa primigenia, pero durante toda la vida añoramos su calidez y tratamos de reproducirla en casas de palabras y de concreto, sin lograr nunca habitar un espacio hecho exactamente a nuestra medida. Tal vez, pienso mientras una protuberancia indescifrable —tal vez un codo o una pierna— estira la piel de mi abdomen, la casa ideal no es aquella que un arquitecto construye para ser habitada, sino aquella que el habitante va formando por el simple hecho de existir, con la ayuda amorosa de unas paredes que, durante unos doscientos setenta días, existen sólo para contenerlo.

QUEJAS Y SUGERENCIAS

EL GUSTO INCORREGIBLE DE LOS DEMÁS

No es indispensable vivir en un país extranjero para conocer la sensación de encontrarse en un mundo al que, por muchos esfuerzos que uno haga, es imposible pertenecer. La identificación de diferencias culturales entre las costumbres de otro lugar y el país de origen puede ser tarea divertida y fuente inagotable de conversaciones y anécdotas donde los otros aparecen siempre como seres estrambóticos que disfrutan haciendo cosas inimaginables en nuestro entorno, ya por desconocimiento de que en otra parte del planeta —en México, por ejemplo— existen costumbres más lógicas y razonables, ya porque, aun sabiéndolo, se empeñan en vivir en el error. “Pobres”, pensamos al constatar, por ejemplo, que los norteamericanos usan el coche para ir al supermercado de la esquina, y nos sentimos orgullosos y felices de poder volver en unos días a nuestra tierra, rebosante aún de tienditas de barrio y de ciudadanos de a pie.

Menos divertido es constatar que se vive en un lugar en el que la gente, los comercios y las instituciones tienen hábitos opuestos a nuestros gustos y convicciones, y a los que casi nadie, ni siquiera nuestros familiares cercanos y amigos más queridos, está dispuesto a renunciar con tal de hacernos la vida más llevadera. Poco a poco, a fuerza de topar con pared, uno se acostumbra a ser un extranjero mínimo en los espacios más cotidianos: la escuela, el trabajo, el supermercado, los restaurantes, las casas de la gente. Por escasos que sean, los inmigran-

tes de cualquier país del mundo encuentran tarde o temprano uno o dos paisanos con quienes compartir las penas del exilio y organizar tertulias de melancolía nacional. Cuando la extranjería no merece tal nombre porque uno cuenta con credencial para votar, poco puede hacerse: no queda sino esperar que un día aparezca alguien con las mismas fobias que uno, y que ese alguien quiera renunciar a su soledad de extranjero para formar con nosotros un colectivo diminuto.

La inadecuación de los gustos personales con los del resto de la humanidad no es un problema genético ni de educación. Yo vengo de una familia que adora la comida picante, familia de la cual algunos miembros no podrían disfrutar ni un pedazo de pan sin una buena dosis de salsa Huichol o un chilito verde asado para darle sabor. Experta en guisos especiosos de Michoacán, tierra original de sus ancestros, mi pobre madre tuvo que lidiar con una hija —yo— que no soportaba ni siquiera el polvito enchiloso y azucarado que se vende a la salida de las escuelas, y eso pese a sus múltiples esfuerzos por educarme en la apreciación de adobos, salsas y moles del recetario familiar. Luego de varios y repetidos intentos, que no excluían el engaño alevoso ni las equivocaciones fingidas, mi madre optó por separar la carne de las salsas, y especializarse en la preparación de aderezos alternativos que a ella nunca han dejado de parecerle tristes y desabridos.

Muy pronto aprendí a no esperar la misma comprensión de parte de los demás, tanto para lo que se refiere a lo picante como para otros asuntos menos graves pero igual de conflictivos. Aprendí a disfrutar el sabor de la carne sin salsa, a descubrir pedacitos minúsculos de chile verde escondidos en el guacamole o en el jitomate picado, y a inspeccionar minuciosamente cualquier sándwich que no viniera de mi propia cocina. Comprendí también —ay de mí— que el éxito de ciertos tacos y antojitos mexicanos reside precisamente en eso que prefiero ya no nombrar, y que si la mayoría de los habitantes

de este país tuviera las mismas trabas gastronómicas que yo, los tacos no gozarían en nuestra cultura del prestigio que tienen. Como cierto bebedor de cerveza que, al dejar la bebida, descubrió que el beisbol, antes su deporte favorito, era el juego más aburrido del mundo, cualquiera que, por razones médicas, dejara de comer picante comprobaría la realidad que yo conozco desde hace muchos años: que, por sí mismos, la carne de los tacos, la tortilla y a veces hasta los frijoles son más prescindibles de lo que la gente quiere creer.

Veo en el gusto mexicano por el picante la misma afición por el encubrimiento, por las máscaras, que muchos escritores y antropólogos han señalado con respecto a la idiosincrasia nacional. Excede a mis capacidades y a mis intereses el hacer una indagación profunda del alma del mexicano típico; creo, sin embargo, que el papel que cumple el chile en la gastronomía nacional no es muy diferente del que tiene el azúcar en la vida cotidiana de los mexicanos: disimular el gusto de alimentos que no se ha aprendido a saborear y a disfrutar como son. No ignoro que la cultura es precisamente el arte de transformar el estado simple o natural de las cosas en algo complejo y lleno de significados diversos. Tampoco intento esconder mis propias incapacidades gustativas tras una reivindicación absurda en pro de la carne cruda y las verduras recién cortadas. Pero quien dice que le gusta el café al tiempo que disuelve las tres o cuatro cucharadas que ha vertido en la taza está mintiendo, igual que mienten, al hablar de su amor por los tacos, quienes en realidad disfrutan sólo el sabor de la salsa, y a veces ni siquiera eso, pues el entumecimiento y el ardor en los labios difícilmente permiten saber qué alimento sirve de soporte a tan temperamentales condimentos.

Al contrario de lo que pudiera pensarse, la violencia del chile radica menos en su capacidad para hacer llorar, moquear y toser no sólo a quien lo ingiere sino también a quien lo huele, que en el poder de ocultar la comida, convirtiendo cualquier

pedazo de carne en un mero vehículo para el disfrute del sufrimiento. En este sentido, la agresión de lo picante es igual a la violencia que, en un gesto mínimo de revuelta contra los lugares comunes, Roland Barthes confiesa encontrar en el azúcar. Cansada de no encontrar en mi ciudad pasteles que sepan a otra cosa que a dulce pese a sugerir con su aspecto una proliferación maravillosa de sabores, o un yogurt que sepa a fruta y no a melcocha, me uno al escritor francés para decir que la dulzura es a menudo el maquillaje con que la sociedad nos presenta las peores maldades.

Como una madre que, con voz melosa, pide a su hijo que se ponga en ridículo frente a los demás, empujándolo a recitar “El brindis del bohemio”, así el cada vez más agringado mercado mexicano impide a los niños que encuentren placer en el sabor de la leche, en la fruta o en la comida que ingieren ayudados por sorbos de Coca-cola. Entre otras cosas dañinas, la violencia de los condimentos permite la permanencia en el imaginario nacional de mentiras y sinrazones que nunca habrán de ponerse en duda, pues esto supondría la pérdida de la identidad gastronómica del país y la quiebra de miles y miles de puestos callejeros y pastelerías. Ya entrados en confesiones, me atrevo a compartir con el lector una observación más que hará de mí un prieto en el arroz, una mexicana a medias: quien tiene en su plato una verdadera salsa, esto es: una salsa sabrosa y razonablemente sazonada, no debería nunca pedir tortillas sino un buen pedazo de pan o virote salado.

La tortilla, por más que esté hecha a mano y con maíz blanco, conviene más a quien come de prisa —como comen los que están enchilados y no pueden esperar a llevarse un trago de refresco a la boca— que a quien espera degustar con tranquilidad los múltiples matices de, pongamos por caso, un buen mole oaxaqueño. Este último comensal no ignora que la migaja del pan absorbe de manera inigualable los líquidos y, por lo tanto, permite disfrutar a sorbos cualquier manjar de este tipo.

A diferencia de la tortilla, que hay que apurar al mismo tiempo que la salsa, un pedazo de pan sirve para muchas remojadas, y no pierde su consistencia al enfriarse, como hace su competidora, quien precisa permanecer arropada entre trapos y papel de estaño. Versátil, el pan se lleva bien con cualquier cosa, incluyendo las bebidas calientes como el chocolate y platillos nacionales como los frijoles refritos. Ahora que, si me lo preguntan, yo prefiero comerme éstos últimos untados en una buena cema de piloncillo.

MICROCOSMOS DEL SILENCIO

Domingo, diez de la mañana. El sol invade la habitación, impidiéndome dormir unos minutos más. Es una mañana tranquila. A lo lejos, puedo distinguir la consabida salmodia de las palomas, un estribillo que se detiene justo antes de llegar a tener sentido y el pío pío de algún pájaro que adivino de menor tamaño que los demás. El silencio, no cabe duda, es capaz de convertir las ramas de un guayabo en un bosque cada vez menos poblado a medida que la mañana avanza y que la gente, ignorando la sensata observación de Pascal de que todas las desgracias pueden ocurrir al hombre cuando decide salir de su habitación, se despereza.

En este caso, como en tantas otras ocasiones, la desgracia —que tampoco ha leído a Pascal— no recae sobre quien, enérgico y animoso, apura el café y se instala bajo mi ventana a lavar su coche sino sobre mí, holgazana ingenua y literaria que, pese a vivir en un edificio de apartamentos, esperaba disfrutar de la tranquilidad de una mañana de domingo sin levantarme de la cama.

Y es que el silencio, para algunos, sirve sólo en la medida en que uno pueda ser el primero en anularlo. De alguna manera, una mañana silenciosa se parece a un muro recién pintado de blanco: nunca falta quien, movido por una especie de terror al vacío, pinte en ella una marca, un “yo estuve aquí” que, según él, le dé sentido a la blancura. Que los camiones den a la ciudad una tregua en medio del estruendo al que la someten

todos los días de la semana, que los portazos, carreras atropelladas por la escalera y calentamiento de motores protagonizados por todos quienes deben llegar muy temprano a la escuela o al trabajo se detengan un momento, no son sino pretextos para variar la naturaleza del ruido, adaptándola a lo que cada quién cree o pretende ser al liberarse de corbatas y tacones altos.

Un domingo silencioso es la ocasión ideal para demostrar, por ejemplo, que a uno le gusta Luis Miguel o que, pese lo que todo el mundo crea, se es profundo y sensible como Arjona. Lavar, aspirar, encerar y pulir el coche un domingo por la mañana al ritmo de una música que suena a todo volumen es, en este sentido, una manera de imponerse públicamente como aquello que se desea ser o, en el peor de los casos, que se cree ser en realidad. Como en un anuncio publicitario, el sonido acompaña o dirige la tarea de acercar, a fuerza de trapos húmedos y ceras abrillantadoras, las evidencias más contundentes de la realidad —el coche, en este caso— a la imagen que de ella suele entregarnos la televisión. ¿Cómo disfrutar el orgullo de poseer un reluciente coche último modelo sin una música de fondo cuidadosamente escogida? ¿De qué sirve protagonizar el *videoclip* del éxito sin más espectadores que uno mismo?

Hay sonidos que agreden, que interrumpen, que golpean con manotazos de ogro torpe. Teléfonos celulares que imponen dondequiera que estén la urgencia de responder con voz muy fuerte, voces chillonas que convierten la capacidad de escuchar en una tortura, altavoces que anuncian desde el cielo las insuperables ofertas de una tienda de departamentos, el ritual de limpieza que siguen mis vecinos cada domingo por la mañana: la realidad sonora ha sido tomada por asalto por quienes, extrovertidos empresarios del ruido, creen que el silencio está ahí para urbanizar, pintar, decorar o pegar publicidad a su antojo.

No soy una defensora a ultranza del silencio. Si alguien me diera a escoger entre ser sorda y quedarme como estoy, pre-

feriría seguir teniendo los oídos bien abiertos, con todos los riesgos que eso implica, porque lo que me gusta del silencio es que está hecho de pequeños sonidos, ruiditos que es necesario alcanzar a fuerza de atención y de paciencia. Aún queda, como un hormiguero oculto por los cimientos de un edificio, bajo tantos bloques de ruido, un mundo sonoro que sólo se descubre bajando el volumen del estruendo o, ante la imposibilidad de hacerlo, aguzando el deseo de no escuchar lo que se encuentra en la superficie. El ladrido de un perro, las campanas de una iglesia a lo lejos, una canción que suena sólo para mí, son sonidos que aumentan cada día mi aversión contra los oídos duros, incivilizados, de quienes hablan siempre en voz alta.

UN AMOR MAL CORRESPONDIDO

Todo el rencor del mundo cabe en una pelota: esto es lo que me digo cuando mi antiguo miedo a los balonazos se suma al dolor que, desde hace algunos meses, me invade cada vez que trato de desvestirme o de alcanzar los estantes más altos de la alacena. En realidad, una pelota no es en principio un arma mortífera, ni mi lesión en los hombros tiene nada que ver con las pelotas, pero por alguna razón toda circunferencia encarna en estos momentos, para mí, la congoja de una historia de desencuentros con el deporte.

Una pelota, decía, no es en principio un instrumento de guerra sino un juguete tan simple que cualquiera, sin importar la edad, el sexo o la nacionalidad, puede sacarle provecho con sólo patearlo, lanzarlo por encima de una red o hacerlo pasar por un aro o una portería. Ni su forma ni el material con que haya sido fabricado tendrían por qué despertar, al menos en teoría, la aversión de las personas sensatas, pues cada quien puede encontrar la pelota que se adapte a sus necesidades lúdicas. Ya sean resistentes y pesadas, como convienen a los amantes del fútbol, ya sean blandas y aromáticas, incluso impresas con la sonrisa de alguna fruta o animal doméstico, las pelotas pueden tomar la forma de cualquier deseo y adaptarse a todo tipo de juegos.

Cuando era niña, sin embargo, yo sólo veía en las esferas de goma un peligro siempre al acecho. Una pelota certera podía, sin previo aviso, dejarme ciega o inconsciente, cambiar

irreparablemente de sitio mi nariz o por lo menos cobrarle cruentos tributos. Mi terror a las pelotas, por supuesto, precedió a los dos o tres accidentes que acabaron por darme la razón, y que me dotaron de argumentos contundentes para mantenerme a una distancia prudente de ellas y convertirlas en el símbolo definitivo de mi aversión por el deporte.

Si he de ser objetiva, tengo que reconocer que el miedo a las pelotas no es motivo suficiente para alejar a nadie de todas aquellas modalidades del ejercicio físico que prescindan de ellas: natación, gimnasia, salto con garrocha y lanzamiento de disco, por ejemplo, pueden ser practicados sin temor alguno por los enemigos de los balones. Si he de ser sincera, en cambio, debo aceptar que el miedo a ser atacada por un balón es sólo un dato que viene a añadirse a una larga y antigua historia de desencuentros con el deporte y, en general, con el ejercicio físico.

Que mi mala relación con el deporte es cosa antigua y poco objetiva lo prueba la habilidad que, siendo niña, desarrollé para huir de todos los ejercicios y actividades al aire libre organizados por los maestros de educación física. En primer lugar, me di cuenta de que lo esencial era hacerme de una buena reputación, de una solvencia moral que avalara de manera irrefutable mis razones antideportivas. Sacar buenas calificaciones, contar con la confianza de mis maestras y hacerles ver mis destrezas en todo aquello que pudiera hacerse entre cuatro paredes resultó ser una estrategia excelente para alejar cualquier sospecha sobre la veracidad de mis dolores de cabeza o de estómago, o las recomendaciones que, según yo, los doctores hacían a mi madre sobre la poca conveniencia de agitar mi débil corazón.

De pronto, mientras mis compañeras sudaban haciendo carreras de relevos o practicando las temidas ruedas de carro, yo dibujaba angelitos y corazones para decorar el salón o me encaramaba en el árbol del patio mientras terminaba la clase.

Por las tardes, cuando mi madre me dejaba en las clases de ballet, me escapaba igualmente de los estiramientos y piruetas que, según yo, no podría nunca ejecutar sin lastimarme de manera irreparable, y esperaba a que me recogieran escondida por ahí, tras los cubos siniestros del Teatro Alarife donde bien habría podido sucederme de verdad una tragedia.

El terror al ejercicio físico y mi tenacidad en evitarlo duraron hasta pasada la adolescencia. Cuando ya a nadie le interesaba llevarme a clases de baile ni enseñarme a defender el balón en vez de entregarlo, dócil, a la primera contrincante que mostrara interés en arrebátarmelo, algo —tal vez el temor de convertirme yo misma en un balón— me hizo inscribirme en un gimnasio. Alguien debería advertirle a una que la adolescencia tardía es una edad peligrosa y que las afinidades y placeres que uno descubre entonces pueden convertirse en amores profundos, duraderos y, a veces, letales. Sin entender muy bien por qué, de pronto dejé de tenerle miedo a los abdominales y, extraña perversión, me descubrí a mí misma disfrutando sudores y dolores musculares.

Poco a poco, el deporte me entregó todos sus beneficios. Por mi parte, yo correspondía a tales favores con una devoción inusitada ante la cual las madrugadas en invierno o las mensualidades abusivas exigidas puntualmente por la dueña del gimnasio perdían cualquier dramatismo. Tras los aeróbicos vinieron el *jogging*, la natación, las sesiones de pesas e incluso una breve incursión en el basquetbol que, confieso, se debía más al interés por agradecer a mi entonces novio que a un amor sincero por los balones. La infancia, paraíso perdido de la mayoría de los adultos, se convirtió para mí en la etapa más necia y absurda de mi vida, en ese *antes* que sólo cobra sentido cuando comienza la verdadera vida.

Como un amante rencoroso y vengativo, el deporte esperó a que yo me entregara a él por completo antes de asestarme el primer golpe: una lesión en la rodilla derecha. Poco después,

cuando ya me sentía camino a convertirme en una especie de Diana Mocanu tapatía, me convencí de que el pasado comenzaba de verdad a ajustar cuentas conmigo. Dos hombres lesionados en la alberca, en efecto, prueban que la venganza es de verdad un plato que se sirve frío: tantos años después, el recuerdo de mi holgazanería infantil convierte mis ejercicios de rehabilitación en una tentativa desesperada por hacerme perdonar, y por merecer de nuevo la alegría de recorrer una alberca o de andar en bicicleta. Mientras eso ocurre, sin embargo, alimento yo también mis antiguos rencores y esquivo, cautelosa, a los niños que juegan fútbol junto a mi puerta.

CRÍTICA DE LA IMAGINACIÓN

Desde la más tierna infancia hemos escuchado —de labios de gente supuestamente confiable como nuestros padres o maestros— que la imaginación es una facultad deseable y meritoria en todos los aspectos de la vida. Los cuentos de hadas, las recitaciones escolares y las canciones infantiles insisten en la necesidad que todo ser humano tiene de imaginar mundos fantásticos en los que la nariz del soberano sea de chocolate y los animales salgan a pasear vestidos como campesinos holandeses. Pasados los primeros años, se nos sugiere que la facultad de representarnos imágenes puede servir para algo más que escapar del mundo de los adultos, y nos son presentados los idealistas de la historia: Benito Juárez, Mahatma Gandhi y Simón Bolívar, nos dicen, fueron grandes hombres porque imaginaron un mundo mejor y lucharon por conseguirlo. “La imaginación al poder”, clamaban los sesentayochistas franceses; “imagina que no hay cielo”, canta John Lennon en una película célebre mientras Yoko Ono abre lentamente las ventanas, como para dejar claro que imaginar equivale a iluminar el mundo.

Lo que nunca nos dijeron nuestros padres y maestros es que quien se ejercita en el arte de la imaginación precisa aprender al mismo tiempo las disciplinas de la serenidad y la paciencia. Si uno lo piensa bien, enseñar a los niños a imaginar paraísos es una manera de iniciarlos a las formas más dolorosas de sufrimiento y frustración si tal aprendizaje no se acompaña

de buenas dosis de escepticismo. Pero quien no ha aprendido a ser paciente difícilmente podrá entender los múltiples avisos que esta verdad nos da de su existencia, y nuestros padres y maestros, víctimas de la misma educación que ahora lamentamos nosotros, no supieron ver a tiempo la tragedia que acechaba tras los preparativos de la Navidad y la expectativa generada por las vacaciones. De haber sido así, me digo con nostalgia, hubieran aprendido que los llantos de los niños en la carretera o los berrinches que acompañaban las idas al supermercado eran la consecuencia inmediata e inevitable de tanto ejercicio imaginativo.

Recordemos, si no, aquellos interminables viajes en carretera que precedían nuestras estancias infantiles en la playa. Durante todo el año escolar, y especialmente las semanas anteriores a las vacaciones, se hablaba con entusiasmo desmesurado de la bendición que sería estar por fin frente al mar, haciendo castillos de arena o flotando despreocupados en alguna piscina. Nunca faltaba, además, alguna maestra que viera en nuestras vacaciones el tema de nuestra próxima redacción. Como una falla geológica, las semanas sin clases parecían partir en dos el calendario, formando un abismo infinito de juegos y diversión. Con semejante expectativa en el alma, ¿cómo esperaban los adultos que aguantáramos las cinco o seis horas de viaje que se necesitaban para llegar a la costa? Quien sabe que al otro extremo de la carretera le espera el paraíso no puede tolerar fácilmente el calor, la monotonía del paisaje, la insistente negativa del conductor a dar una respuesta satisfactoria a la pregunta “¿falta mucho...?”

Dejemos a un lado la niñez y pensemos ahora en cualquier viaje hecho en la edad adulta: veremos que la impaciencia no es un defecto exclusivo de los niños sino algo que, con los años, aprendemos a controlar e incluso a ocultar. El adulto embarcado en un vuelo trasatlántico no puede llorar mientras, jalando del impecable trajecito de la azafata, hace pública su

impaciencia por aterrizar. No puede jalarle los cabellos a su vecino —como antes hiciera con su hermana pequeña—, ni puede tampoco cantar diez mil veces aquella incoherencia de “Un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña”. No puede hacer nada de esto; pero si las aerolíneas han previsto tantas comidas en cada vuelo, colocado tantos botoncitos en los asientos y programado tal cantidad de películas y programas especiales es porque saben que sin esos paliativos los pasajeros dejarían de reprimir toda su impaciencia y se lanzarían a la cabina para preguntar si el reloj que muestra la pantalla no se ha estropeado.

Y es que, al comprar el boleto de avión, suelo imaginarme como una viajera intrépida y no como una enferma convaleciente en la cama de algún hospital, que es como de verdad uno acaba mientras llega a su destino. Esa inmovilidad, me digo, tiene que ser pasajera como un sueño, es sólo una formalidad que hará posible la estancia en el país que tanto anhelo conocer. Pero el avioncito del monitor sigue fijo en un punto del mapa y en lugar de las maravillas que había planeado me encuentro ahí, entre dos pasajeros que se han dormido y que cabecean peligrosamente hacia mí. Y la imaginación, la poderosa imaginación de las canciones, no consigue abstraer tantas horas de vuelo y obedecer a esa muchacha que, desde la pantalla, me sugiere respirar y ejercitar los tobillos como si estuviera paseando con ella entre las fuentes de un jardín budista.

Si en lugar de imaginar las bondades de nuestro destino —es decir: de imaginar el futuro— nos contentáramos por percibir lo que ocurre en el presente, no conoceríamos la impaciencia. La mirada prospectiva y la capacidad de imaginar aquello que deseamos nos condenan a una insatisfacción permanente causada por la inadecuación entre lo que vemos y lo que podríamos tener. En el fondo, los seres más impacientes son los idealistas, porque creen que es posible modificar una realidad imperfecta y hacerla coincidir con la imagen ideal

que tenemos de ella. Los escépticos y los realistas, en cambio, ponen en duda la realización de cualquier proyecto y no se hacen ilusiones respecto al futuro. Para ellos, las cosas son de una manera y, aunque fuera posible transformarlas, no vale la pena perder la calma y la cabeza por la visión fantasmagórica de una situación mejor.

Por eso, antes de inventar mundos nuevos y de imaginarnos en sus playas, conviene aprender a aceptar las cosas como son y a no dar saltos mortales al futuro. El viaje es tal cosa porque hay trayecto y porque aún no hay manera de alcanzar paraísos con sólo desearlo. De nada sirve entrenarnos, como hago yo a veces, en imaginar que flotamos por encima de los embotellamientos y llegamos volando a casa, ni que nos volvemos invisibles para apagar impunemente la música con que nos tortura el vecino. Vaciar la mente en lugar de llenarla con fantasías puede ser una buena manera de disfrutar el camino, y sorprendernos con más gusto de haber por fin llegado al término del viaje. Ojalá lo logremos pronto.

EL BOLSO FEMENINO

Entre los accesorios de la indumentaria femenina, el bolso es quizá el que representa con mayor plasticidad las propiedades que la cultura suele atribuir a la mujer. Según los diccionarios, lo accesorio es aquello que puede eliminarse sin provocar daños a la esencia de lo que es realmente importante. Resulta menos evidente, en cambio, que la analogía que los objetos secundarios guardan a veces con lo esencial hace posible un desplazamiento simbólico que convierte lo superfluo en figura de aquello que, en principio, es fundamental. Una mujer, así, no deja de ser mujer por no llevar bolso, pero el mismo accesorio llevado por un hombre es capaz de alterar la imagen del portador al transmitirle rasgos de la feminidad que representa.

Si bien hombres y mujeres necesitan por igual llevar consigo objetos indispensables como dinero, documentos, credenciales o llaves, las soluciones para transportar el equipaje cotidiano no son las mismas para todos. Por incómodo que parezca, y por abundante que sea la carga, los hombres casi siempre consiguen distribuir sus pertenencias en los bolsillos del pantalón, camisa, chamarra o saco y salir a la calle con las manos libres. Y cuando el traslado de documentos, libros, cuadernos u objetos de trabajo exige el empleo de portafolios, mochilas y morrales, estos últimos deben distinguirse lo más posible de la bolsa femenina. No hay que olvidar, por ejemplo, que en México la versión masculina del bolso de mano se llama

“mariconera”, que el morral es considerado por algunos como signo inequívoco de desviación sexual entre los hombres, o que decir que un hombre “lleva bolsita” significa que es afeinado.

Como la bolsa de los marsupiales, el bolso de mano es una necesaria zona fronteriza entre la movilidad y el sedentarismo. Todo viajero, por más cerca que se encuentre de su destino, necesita un punto de apoyo en medio de la extrañeza que implica alejarse de lo conocido. Quien viaja debe distinguir, entre todas las cosas que componen su hábitat, aquello que le permitirá no echar de menos algo que, llegado el momento, se revele indispensable. Así como, según Jean Améry, el viajero debe llevar a cuestas una dosis mínima de patria, quien se aleja de casa cada mañana transporta como puede una dosis mínima de hogar, es decir, una parcela diminuta de estabilidad materna y reconfortante que le ayude a sobrevivir en las travesías cotidianas.

Recuerdo que, de niña, el bolso de mi madre nos daba a todos —es decir: a mi hermano, a mi padre y a mí— la seguridad de tener siempre a la mano lo necesario aun estando lejos de casa. Como si se tratara del sombrero de un mago, mi madre podía sacar de su bolso una infinidad de cosas útiles y salvadoras: una aspirina para el dolor de cabeza, *kleenex* para el llanto y el estornudo escandaloso, galletas o chocolates para el hambre imprevista, curitas para los accidentados o papel higiénico para usar en los baños públicos. De igual manera, el bolso de mi madre podía convertirse en el desván comunitario donde cabía todo lo que los demás no podíamos o no queríamos guardar, y también en una caja de valores que sólo reveló su vulnerabilidad a bordo de un vagón del metro en la Ciudad de México.

Y es que cargar un bolso, además, implica una responsabilidad que se opone a toda forma de aventura. Como una casa, suele ser una tentación para los ladrones, y quien lo lleva a

cuestas debe vigilarla en todo momento y cuidar que sus cierres queden fuera del alcance de los demás. La seguridad de tener lo necesario siempre a la mano se convierte en una tortura cuando uno es el responsable de mantener las pertenencias propias o familiares fuera de peligro en un lugar público. En realidad, el bolso es muchas veces un lastre que impide realizar acciones inmaduras y divertidas como andar en bicicleta, correr, pasear por la calle a deshoras o bailar, pues pocas cosas hay más incómodas y más tristes que encontrarse en medio de una pista de baile con un bolso en el hombro y no tener un lugar seguro donde dejarla.

Sin que importe dónde nos encontremos, el bolso nos une al territorio de lo doméstico haciendo visible una dependencia a los objetos que contradice irrevocablemente la calidad heroica del viajero. Es por eso que los héroes del cine o de las historietas no llevan nada auestas. Ni Batman ni el Hombre Araña ni Superman usan bolso o mochila, y uno siempre se pregunta cómo le hacen para tener siempre a la mano sus respectivas máscaras, botas y capas. Ir por la vida con un enorme equipaje es más bien deshonroso y propio de villanos como ese hombre de los cuentos, dispuesto a meter en su gran saco a los niños traviesos que se encuentre a su paso. Sí hay, en cambio, héroes que en lugar de desplazarse con un bolso han optado por vivir en algo parecido a ella: no es otra cosa el Nautilus, submarino doméstico que permite al capitán Nemo recorrer los mares sin desprenderse de sus libros, su sillón y sus pantuflas ni renunciar por ello a su prestigio heroico.

Lo ideal, por supuesto, sería contar con esa maletita inventada por Ciro Peraloca, tan pequeña como una barra de chocolate y capaz de contener todas las cosas del mundo, debidamente desintegradas según un procedimiento aún sin patentar. Mientras tanto, observo con interés las argucias inventadas para que los hombres puedan transportar sus pertenencias sin exponer su lado femenino y admiro a quienes,

cansados de distribuir plumas, libretas, monedas y cigarros por los bolsillos interiores de su ropa, asumen sin pudor su condición de héroes-canguro.

A una buena amiga que quiero y admiro muchísimo le gusta escribir sobre la Edad Media. Con el paso de los años, se ha construido en pleno Coyoacán un estudio que es, como ella misma dice, un palacio en miniatura donde el ruido del tráfico y los olores de fritangas de la Ciudad de México se inclinan dócilmente, como haciendo una caravana, ante un reino de maravillas semejante a los que se describen en los cuentos que ella misma ilustra. Apenas cruza uno la puerta y ya está de lleno en un mundo organizado según otra escala, en el que árboles extraños exhiben frutos parecidos a fresas, y miradas no del todo desconocidas interrogan al visitante desde cada uno de los rincones.

Los ojos de Borges, de Shakespeare y de otros escritores dibujados en la pared se suman a los de un par de mapaches que de pronto asoman su cola felpuda por entre montones de papeles y libros, y sobre todo a los de Ganesha, un extraño elefante con un solo colmillo que observa a la novelista con sus seguros poderes de divinidad hindú. El dios, que urgido por la premura de ejercer su arte se arrancó el colmillo para escribir con él, no es el menor de los símbolos que, en esa buhardilla, le recuerdan a mi amiga que la escritura es una de las fuerzas directrices de su vida, y que las líneas que ella escribe cada día con tanta pasión, rodeada por sus libros medievales, se parecen a esas calcomanías fluorescentes que ella misma ha disimulado en las puertas y paredes y que, al llegar

la noche, conjuran la oscuridad en forma de constelaciones misteriosas e infantiles.

Ella, que conoce tanto de la vida cotidiana del medievo, se divierte contándonos lo absurdas que podían ser las creencias en aquellos tiempos y, con una seriedad que imagino desmentida por el brillo intenso de sus ojos, afirma que pese a todo prefiere vivir en esta época de electricidad y comunicaciones. Pero yo salgo del pequeño palacio de mi amiga, un poco aturdida por el ir y venir de los coches, y me pregunto si de verdad habrá tantas razones para sentirse superiores a quienes creían en la existencia de las brujas y en la eficacia de la aruspicina o si, por el contrario, la transparencia tecnológica que parece caracterizar la época en que vivimos no es sino un sutil velo que impide ver claramente lo cerca que aún estamos del pensamiento analógico que Foucault atribuía a la Edad Media, y a todas las formas de la superchería que suponíamos erradicadas por la ciencia y el progreso.

Dije antes que la tecnología y la ciencia actuaban como una especie de barrera que impedía ver claramente las supercherías que se esconden tras ellas, pero basta reflexionar un poco para entender que quizás, en algunos casos, el prestigio de los medios electrónicos y los adelantos tecnológicos es precisamente lo que le ha permitido al oscurantismo prolongar su existencia con tan envidiable salud. En un artículo publicado en diciembre de 1999, Antonio Muñoz Molina se mostraba asombrado por la extraña mezcla entre el furor apocalíptico provocado por el cambio de milenio (que nadie sabía a ciencia cierta si había que esperar ese año o al siguiente) y la forma específica que éste tomaba en una era caracterizada por la informática.

A falta de un cielo que cayera sobre nuestras cabezas o una peste que asolará a la humanidad, se decía entonces, el fin del milenio se vería marcado por un error informático inevitable y terrible, que ocasionaría el caos en todo el planeta. Posmodernos avatares de Nostradamus, los expertos en computadoras

profetizaban accidentes aéreos, apagones interminables, escasez de alimentos y heladas espantosas en los países fríos. Al ser transmitidas por Internet, explicaba Muñoz Molina, tales profecías milenaristas adquirirían entonces una especie de prestigio gracias al cual se repetían los terrores que asolaron Europa en vísperas del año 1000.

Todo parece indicar que el ser humano tiene una tendencia natural a la credulidad, y que el rigor de la ciencia y de la razón se impone de manera infinitamente más trabajosa en él que el pensamiento mágico y la superstición. Cuando queremos aceptar algo como verdadero, bastan uno o dos indicios de su procedencia científica para que decidamos ahorrarnos todos los pasos del método científico y creamos en lo que se nos dice, se trate de buenas noticias, banalidades o profecías de destrucción masiva. Hay, por supuesto, engaños mejor montados que otros pero en el fondo, es siempre el respeto por los atributos visibles de la ciencia y la tecnología lo que permite a los brujos y adivinos de nuestro tiempo mantener en buen estado sus santuarios y oráculos.

La llegada del Apolo 11 a la Luna, por ejemplo, pudo no haber sido más que un montaje transmitido en el mundo entero a través de una televisión en la que aún nadie desconfiaba. Si para dar por hecho que una nave espacial había de verdad tocado la superficie lunar bastó ver a un hombre disfrazado de astronauta en un escenario blanco y desértico como supuestamente tenía que ser la Luna, todo lo demás resulta un juego de niños. Posiblemente haya algún incrédulo que dude de la eficacia de los hongos chinos o del agua de Tlacote en el tratamiento de la artritis, pero nadie que haya visto últimamente en la televisión los comerciales de los productos Genoma podrá estar completamente seguro de que los comerciantes en cuestión quieren tomarle el pelo.

Mientras escuchamos las explicaciones científicas y convincentes de un actor debidamente disfrazado de médico, la

pantalla nos muestra varias imágenes radiográficas en las que diferentes articulaciones aparecen coloreadas de amarillo.

Por medio de artilugios visuales, las zonas de dolor e inflamación recuperen en cuestión de segundos su color normal, y los tendones y nervios que rodean los huesos se reestructuren rápidamente, permitiendo primero a un dibujo articulado, y luego a los actores, mover sus brazos y piernas como si fueran niños de ocho años o, mejor aún, gimnastas como esos que uno está viendo en las olimpiadas en esos días. Luego resulta que las pastillas anunciadas con tanta parafernalia médica no son ni siquiera una medicina, sino sólo un “suplemento alimenticio” que se vende sin ningún tipo de garantía de parte del laboratorio.

Que la televisión, fábrica de ilusiones y de engaños, utilice la imagen de la ciencia para vender un producto no tiene en realidad nada de escandaloso. Sí lo tiene, en cambio, el que un representante de la ciencia —esto es: ya no un actor con una bata blanca sino un médico titulado— sirva de oráculo para las peores mentiras. Hace un par de años, durante el curso que la iglesia católica imparte a las parejas que quieren casarse, mi hermano y su entonces novia asistieron a un puro ejercicio de fantasía medieval cuando un ginecólogo invitado por la asociación encargada de los cursillos los puso al tanto de los peligros de la contracepción. El uso de pastillas anticonceptivas implicaba un riesgo del que no suelen hablar quienes promueven este método, explicaba: si fallan y el embarazo llega a producirse, el bebé podría nacer con un “miembro” en la frente.

Tal vez lo que ocurre es que, sin darnos cuenta, el futuro al que debía conducirnos el progreso no era sino una versión modernizada de tiempos antiguos, una especie de vuelta a los orígenes imperfecta y no sin ciertas ventajas. En estos tiempos, al menos, son las princesas quienes construyen sus castillos y mantienen alejados a los dragones con el hechizo de sus palabras.

EL VIEJO

Voy caminando sola por una calle mal iluminada y poco transitada, y a mis espaldas, a una distancia que calculo de unos cuatro o cinco metros, escucho el sonido de unos pasos que avanzan casi al mismo ritmo que los míos. No sé si es el miedo a perder un tiempo valioso o el sentido del ridículo lo que me impide mirar hacia atrás pero, mientras acelero, lo que antes fue sólo un sonido se convierte en el primer trazo de un dibujo terrible: con los ojos fijos en mi nuca, un hombre entrado en años, sucio y corpulento, busca el instante propicio para agredirme. Una vez establecidas las intenciones del enemigo, no me queda sino la ingenua estrategia de adelantarme a su ataque apretando con fuerza el bolso contra mi pecho, respirando por la nariz, y buscando con la mirada el punto en el que la calle deja de ser un territorio desconocido. Diez segundos después, un muchacho muy delgado y muy joven, con las manos en los bolsillos de su chamarra y audífonos en los oídos, aprieta el paso para rebasarme y continuar con tranquilidad su camino.

Sin duda alguna, mis aptitudes deductivas no me asegurarían ni siquiera un puesto de segunda en un despacho de investigadores privados, ni aún tratándose de detectives tan imaginativos como Sherlock Holmes. El hombre agresivo, sucio y corpulento de mis fantasías callejeras no tenía ni siquiera un mínimo punto de anclaje en la realidad, nada que yo pudiera alegar como signo decisivo en la elaboración de la hipótesis a la cual obedecí apretando mi preciada bolsa contra mi cuerpo.

Ciertamente, di en el blanco en lo que respecta al sexo del transeúnte, pero sólo por casualidad. ¿Por qué no suponer, por ejemplo, que la persona que iba detrás de mí era una mujer? Pude haber imaginado una señora con un niño en brazos o, ya que se trataba de traer a cuento personajes agresivos, una grandulona con los brazos tatuados. Pero no: ya se ve que, en mi imaginario personal, el peligro está bien identificado con la suciedad, con la fuerza física y, sobre todo, con el sexo masculino. Esto es: con lo que en lenguaje popular solemos llamar “un viejo”.

Aunque el cine y la literatura ofrecen numerosos ejemplos de villanas, criminales y asesinas que, en principio, bastarían para advertir a la sociedad sobre la insensatez de seguir atribuyendo —a nivel inconsciente y general— a hombres y mujeres los roles respectivos de fuerza y dulzura, tengo la impresión de que la experiencia que referí líneas arriba no es algo que me ocurra únicamente a mí, y que el origen de tal asociación podría tal vez rastrearse en la forma en que la maldad y la figura femenina suelen ser representadas y vinculadas en las narraciones que hombres y mujeres conocemos desde la infancia. Eva, Lilith, Pandora, las madrastras de Blanca Nieves y de Cenicienta, Salomé o Dalila representan formas diversas de desobediencia, maldad y perversidad que han marcado de manera casi indeleble la idea misma de la feminidad. Su fuerza, sin embargo, no deja de ser una fuerza casera, cuyo influjo sólo alcanza a aquellos que de una u otra manera se vinculan con ellas por la vía sentimental o familiar.

No ocurre lo mismo con la figura de ese “viejo” en quien podríamos quizá reconocer un avatar del “viejo del costal”, del “ropavejero”, del “roba chicos”, o del “hombre del saco” que merodea en los cuentos populares. A diferencia de las villanas de los cuentos, el “viejo” no tiene nombre ni historia, ni un motivo que justifique su crueldad. La madrastra de Blanca Nieves, por ejemplo, envenena a la princesa por pura envidia,

y su crueldad no debería ir más allá del momento en que el leñador vuelve del bosque con el supuesto corazón de la víctima envuelto en un paño. Hemos de admitir que si, en este caso, la malvada madrastra decide volver al ataque con una manzana envenenada, esto se debe más al engaño del leñador —quien, subestimando la inteligencia de la reina, quiso darle cervatillo por princesa— que a la porfía malintencionada de la madrastra.

No hay ninguna madrastra que vaya por el mundo buscando niñas que envenenar, así como no hay Dalilas esperando cortar las cabelleras de los hombres apuestos, ni tampoco Salomé en busca de cabezas para completar sus colecciones milenarias. Prototípicas, las villanas de los cuentos y leyendas actúan de una vez por todas, con una acción ejemplar, única, que persiste a través de la historia con calidad de símbolo. Nadie tiene miedo de encontrarse a una Pandora en la calle, pero cada una de las mujeres podemos ser una, y todas corremos alguna vez el riesgo de convertirnos en avatares mínimos y un poco prosaicos de Eva. Sí hay, en cambio, un viejo que acecha a la vuelta de cada esquina solitaria el momento preciso para hacerle mal a niños, niñas, mujeres jóvenes y ancianas: seres que, al abandonar los límites seguros de lo doméstico, se confunden en la fragilidad de la infancia.

Gracias a una sabia mezcla de pudor e ignorancia, el “viejo” abarca todas las formas posibles del mal y no representa específicamente ninguna. Ninguna madre, que yo sepa, abunda en detalles sobre el catálogo de vejaciones que tal personaje puede hacer padecer a sus víctimas, y es precisamente esa indefinición la que convierte al “viejo” en un ser terrible, capaz de adaptarse a las posibilidades que cada quien atribuya a la maldad humana, así como a las fantasías y a las imágenes procedentes de la literatura, del cine y de la televisión. Queda claro, sin embargo, que el “viejo” está ahí siempre que, por alguna razón, una mujer se adentre en espacios públicos no muy transitados u

oscuros sin la compañía de un hombre que la cuide: cual Capucita en el bosque, una mujer sola siempre estará expuesta a encontrarse con el lobo. Queda claro, también, que “un viejo” puede aparecer ante el descuido de no cerrar bien una puerta (¿quién no ha escuchado alguna vez la célebre frase: “cierra bien esa puerta, no se nos vaya a meter un viejo”?) o al no ser suficientemente prudentes al escoger el largo de la falda.

La cultura, dicen algunos no sin razón, ha reservado durante siglos a los hombres una educación basada en la violencia, mientras que las mujeres han sido instruidas en los valores domésticos. Los músculos y la osamenta de los varones, explican otros más, hacen que el cuerpo de un hombre sea más fuerte y, por lo tanto, más agresivo, que el de una mujer. Dejando a un lado los datos de la realidad que pudieran justificar el representarse inmediatamente al agresor con rasgos masculinos, y que por supuesto no son desdeñables en una sociedad como la nuestra, creo que no deberíamos descuidar el lado puramente imaginario del asunto.

Tras la muerte de Franco, en 1975, el escritor Juan Goytisolo escribió un breve y lúcido ensayo en el que exponía de qué manera el mayor daño que el dictador había causado en España no había que buscarlo en el millón de muertos de la guerra civil, en los centenares de miles de presos y fusilados de la posguerra ni en el exilio de un millón de personas, sino en la introducción en la conciencia de los españoles de los mecanismos de censura ejercidos durante treinta y seis años por la dictadura franquista. Muerto y enterrado Franco, el modelo de censura intrapsíquica modelada por él en los españoles es, para Goytisolo, un monstruo aún más difícil de combatir porque habita en el interior de cada individuo, muchas veces sin ser advertido.

De alguna manera, “el viejo” encarna todos los temores que han servido para ordenar a la sociedad según el esquema del espacio privado, gobernado por las mujeres, y el espacio pú-

blico, pensado como territorio de convivencia, lucha y comercio masculino. En una sociedad como la nuestra, en la que las mujeres tienen un grado de escolaridad cada vez más alto y compiten cada vez con mayores oportunidades en el mercado laboral, la simple mención de este esquema puede parecer algo más adecuado a un país como Afganistán, donde, mientras duró el gobierno de los talibanes, las viudas y las solteras estaban condenadas a morir de hambre si no encontraban un hombre que se hiciera cargo de ellas, aunque fuera para acompañarlas a la calle. Aparentemente, en México estamos muy lejos de vivir algo parecido; me pregunto, sin embargo, si nuestra censura intrapsíquica no seguirá empeñándose —ayudada a menudo por las iglesias, por los padres de familia y otras instancias sociales— en amenazar a todas las mujeres con ese viejo desalmado que, protegido por la oscuridad de los mitos, nos conmina a comportarnos como señoritas decentes.

DEL BESTIARIO LABORAL

Hay individuos prescindibles: ella no lo es. Al igual que el orden necesita del caos y el día de la noche, el mundo del trabajo no sería tal si ella no existiera. Cuando la contundencia estruendosa de sus taconeos irrumpe en el silencio de las mañanas invernales, uno sabe que las fuerzas del mal existen, y que la belleza del mundo es el resultado de una lucha invisible y cotidiana contra un enemigo desigual.

Ángel al fin, cada trazo de su figura reúne forma y fondo en una armonía casi renacentista. La cabeza echada hacia adelante, como jalada por cuernos poderosos y listos para embestir, encuentra un contrapeso natural en la masa informe que le sirve de trasero. Cualquier amontonamiento de carne, sin embargo, no es otra cosa que un engaño para la mirada. Quien crea que el vientre abultado, los pechos prominentes y demás carnosidades son la marca de una sensualidad desbordante debe estar en guardia contra la naturaleza maligna del esqueleto que los sostiene.

Espécimen de rara perfección, los objetivos centrales de su especie justifican la desproporción que, con respecto a sus ojillos de animal nocturno y rencoroso, presentan su boca y su nariz. Con decisión brutal y prehistórica, su esqueleto gana terreno al espacio gracias a un saliente cartilaginoso en forma de gancho que, además de contribuir a la administración de oxígeno, sirve para alcanzar los puntos más recónditos de las vidas ajenas. Metida aquí y allá con rapidez y precisión admi-

rable, la nariz de nuestra compañera huele cualquier posibilidad de chisme antes que nadie.

Coordinación, rapidez, buen tino, son algunas de las cualidades que su boca —protegida por una impresionante dentadura— consigue realizar con respecto a su nariz, su instinto y sus ojillos maquillados con precisión de insecto. La mirada humana más avezada es incapaz de analizar el complicado sistema de conexiones que, en cuanto huele a chisme o suceso más o menos trascendente, se pone en marcha en el reducido espacio que va de las fosas nasales a la punta de su lengua.

Resguardada por una muralla de dientes gruesos, compactos y suficientemente afilados, su lengua puede desenrollarse en cualquier momento para difundir, modelar y colocar sabiamente cualquier dato inflamable. Hay que tener cuidado de no confundir a este portento de ingeniería biológica con las inofensivas serpientes que tan mala fama tienen en las mitologías: a diferencia de ellas, que precisan del silencio y la oscuridad para hacer daño, nuestra amiga opera ruidosamente y a la luz del día, y sus víctimas no necesitan estar cerca de ella para conocer su veneno.

Al igual que el fondo y la forma son en ella una sola cosa, biología y artificio se unen en su persona para conseguir los máximos resultados: por si un esqueleto fuerte y pesado, unas caderas de hierro y unos pies planos y alargados no bastaran para anunciar en un perímetro amplio su presencia, zapatos, collares, cierres y aretes son para ella herramientas poderosas para mostrarse en cuanto llega a algún sitio. Taconeos, tintineos, cascabeleos y demás efectos especiales anticipan y enmarcan gloriosamente ese otro atributo que viene desde el fondo de su pecho, crece en la caja de resonancia que es su dentadura, y alcanza distancias inimaginables para los oídos humanos: su voz.

Enemiga de la invisibilidad del silencio, sabe que su sobrevivencia depende en gran medida del miedo que consiga des-

pertar en los demás. No existe un espacio de su hábitat, por más grande y complicado que sea, en el que su presencia pueda pasar inadvertida. No necesita llaves para abrir ninguna puerta porque nadie, ni el burócrata más aguerrido, se arriesgaría a convertirse en su enemigo. Ha escalado así, sin más talentos que los que la naturaleza y su instinto le han dado, posiciones que otros, tal vez más inteligentes pero menos osados, no conseguirían con toda una vida de esfuerzos y privaciones.

Maga mitológica, prestidigitadora y alquimista inigualable, convierte en permisos las negaciones más contundentes, y en méritos laborales mañanas enteras pasadas en el chisme y la holgazanería. Tal vez porque a su lado los vividores habituales de las oficinas y dependencias educativas parecen laboriosas hormigas, jefes y subalternos la consideran un elemento indispensable para la buena imagen del trabajo que realizan. Está donde quiere estar, hace el mínimo esfuerzo para obtener logros enormes, y se asegura de que nadie pueda trabajar demasiado. Nunca habrá silencio suficiente para concentrarse en actividades serias. El tiempo que algunos necios quisieran dedicar a despachar asuntos importantes, ella lo transforma en momentos de esparcimiento y degustación de todo tipo de antojitos y manjares suculentos.

Excelente cocinera y conoedora de la gastronomía local e internacional, sabe que el amor entra por el estómago, y que aquello que no lograra con sus artes de intrigosa infatigable lo conseguirá con unos buenos tamales que, además de reunir al personal durante media jornada de trabajo, le reporten jugosas ganancias económicas y la simpatía, momentánea pero cierta, de sus colegas. Con el atole caliente deslizándose aún por sus gargantas, antiguas y futuras víctimas se repliegan, dóciles, ante la encarnación de los peores vicios de su especie.

EL CANTO INÚTIL DE LAS BALLENAS

Poca razón tienen los que, luego de ver cada día en la televisión el anuncio de los desastres ecológicos que amenazan con exterminarnos, discurren que la mejor solución para contrarrestar la furia de la naturaleza es unirse en la lucha por la conservación del planeta. En vano mueren las ballenas y las tortugas; de nada sirve que las costas más bellas de la tierra reciban periódicamente baños de reluciente chapopote; inútiles resultan por igual la tala inmoderada de árboles y el calentamiento de los polos: mientras los hombres y mujeres de buena voluntad intenten detener el fin del mundo afiliándose a Greenpeace, no habrá manera de salvar a la frágil especie humana.

Digan lo que digan los entendidos, el principal problema del planeta no es su inminente sobrecalentamiento sino la sordeza crónica y la increíble vanidad de los hombres que lo habitan. Muchos años han pasado ya desde que algunos sabios y artistas creyeron ver en el hombre no sólo el centro del universo, sino la posibilidad misma de que ese universo tuviera algún sentido. Maravillados ante el genio infinito de sus antepasados, los humanistas dieron por hecho que el conocimiento del hombre bastaba para transformar el mundo en un paraíso donde las dimensiones del individuo no harían sino repetir y mejorar, como en un diáfano espejo, las proporciones de la naturaleza.

Tantos años después, la evidencia de que el hombre no es sino una minúscula e insignificante partícula de un cosmos que lo ignora por completo no ha podido imponerse ni siquiera con

la ayuda de los adelantos tecnológicos, capaces de mostrar en un solo plano el tamaño real de un grupo de pescadores en una tempestad, e incluso las dimensiones irrisorias de edificios y rascacielos cuando se les mira desde arriba, desde esas alturas en las que los continentes no son sino débiles manchitas perdidas en el azul del globo terrestre. No hay remedio. Ante la furia terrible de la naturaleza y la imbecilidad de quienes trafican con ella, hay quienes se sienten capaces de detener la debacle redactando un manifiesto, boicoteando a la industria alimenticia, haciendo documentales o marchando en silencio frente a los edificios públicos.

Hay que estar de verdad sordos y ciegos para no percibir en las catástrofes cotidianas fragmentos de un mensaje que la naturaleza no ha dejado de enviarnos con paciencia infinita. No en vano la mitología y el lenguaje insisten en la representación de la Naturaleza como una madre bondadosa, dispuesta a entregarse en alimento a sus hijos, a perdonar sus ofensas, y a guiarlos e instruirlos en los momentos más aciagos de su vida (“Madre, madre, cansado y somnoliento/ quiero pronto volver a tu regazo/ besar tu seno, respirar tu aliento/ y sentir la indolencia de tu abrazo”, dice Gutiérrez Nájera en un poema titulado “Madre Naturaleza”). De modo que hará falta meternos de una vez por todas en la cabeza que tanta muerte y tanto agujero en la capa de ozono no deben provocar en nosotros una angustia descorazonada, sino un consuelo infinito ante la inmensa dulzura de una madre que nos enseña el camino para hacer de este mundo un verdadero paraíso terrenal.

Para quien sabe ver lo que está delante de sus ojos, los signos de la salvación ecológica están en todas partes, esto es: no sólo en las imágenes de aves agonizando en los antípodas sino aquí mismo, en Guadalajara. No viene al caso ponerse a calcular los años que ciertas zonas residenciales —Ciudad del Sol, pongamos por caso— llevan inundándose de manera invariable en época de lluvias. El fenómeno de las inundacio-

nes ha llegado a tal grado de confiabilidad, que el caos vial, la llegada oportuna de los bomberos y los árboles caídos podrían proponerse sin riesgo como decorado cinematográfico, o incluso como atractivo turístico. Pero eso es otro asunto. Lo esencial en este caso es que, dado que todas las soluciones propuestas por el Ayuntamiento, por el Gobierno, por el Estado y por los ciudadanos han fracasado de manera estruendosa, los habitantes de Guadalajara deberíamos comenzar a ver la temporada de lluvias como una moderna propuesta urbanística.

En lugar de talar árboles, detener la erosión de los cerros y otras estrategias costosas, hay que aprender a construir el futuro sobre las bases sólidas del presente. Imaginemos un momento qué sería de nuestra ciudad si en lugar de combatir las fuerzas naturales con las armas insignificantes de la razón humana decidiéramos completar esa obra que, de manera modesta y a menudo invisible, han llevado a cabo nuestros ancestros llenando de basura, con infinita paciencia, las alcantarillas de algunas de nuestras calles. Pensemos qué ocurriría si, a partir del ejemplo que nos han dado los ayuntamientos sucesivos, pasáramos no una, ni dos, sino cuatro capas de chapopote sobre calles y avenidas estratégicas: con un poco de perseverancia y, en el peor de los casos, algunas molestias temporales en nuestra vida cotidiana, el caos de cemento, ruido y contaminación en que vivimos actualmente se transformaría en un paraíso acuático con evocaciones venecianas.

Si el referente veneciano puede servir como imagen publicitaria del proyecto y convencer a las clases medias y altas de convertir Guadalajara en una ciudad medio sumergida, el ejemplo de las chinampas precolombinas dará cuenta de la validez histórica de seguir de esta manera los dictados de la naturaleza. Los pocos inconvenientes que, al principio, entorpezcan la vida de los tapatíos, se verán rápidamente compensados por beneficios ecológicos y, lo que es más importante, económicos. No

hace falta ser un genio de las matemáticas para entender el ahorro que significaría dejar de pagar el servicio de limpieza y el mantenimiento de los depósitos de basura si cada familia comenzara desde hoy mismo a verter sus desechos en las alcantarillas y desagües de sus colonias. Ciertamente, algunos coches y camionetas quedarán momentáneamente inutilizados por el agua, pero esa pérdida no puede compararse con el increíble beneficio que traerá para los empleados de la antigua fábrica poblana de Volkswagen recuperar sus puestos de trabajo al aumentar la demanda del modelo Sedán que, como todos saben, funciona de maravilla en época de lluvias.

Cualquiera que acostumbre pasear de vez en cuando por las calles de Guadalajara estará de acuerdo conmigo en que la ciudad no sólo enseña su mejor cara los viernes santos y los días que juega la Selección, sino también algunas tardes cuando, tras una tormenta de verano, las aceras húmedas reflejan los rayos que alcanzan a filtrarse entre las nubes. En nuestras manos está devolverle algo de esa belleza sumergida, dejando que la naturaleza la gobierne y la custodie. No será poco lo que ganaremos dejando que, en lugar de la tosca Minerva, emerja de las aguas una sirena que sepa responder al canto visionario de tantas ballenas asesinadas.

VUELVA USTED MAÑANA

FRAGMENTOS A SU IMÁN

Muchas veces el camino más largo y tortuoso puede llevarnos a nuestro destino con más eficacia que los caminos breves. Las autopistas, por ejemplo, ofrecen al viajero un recorrido sin obstáculos ni sorpresas que lo obliguen a disminuir la velocidad. Con la certeza de no encontrar en todo el trayecto un solo coche que avance en sentido contrario, el conductor puede rebasar, disminuir la concentración y circular casi automáticamente rumbo a un lugar nunca demasiado lejano.

Las carreteras secundarias, en cambio, exigen otro estado de ánimo. Detenerse de vez en cuando para estirar las piernas, sucumbir a la tentación de pararse a conocer un pueblo pequeño que quede de paso o a disfrutar de una vista particularmente atractiva, sentir que el aumento del cansancio disminuye paulatinamente la distancia que nos aleja de nuestro destino: son pequeñas recompensas reservadas a los viajeros con tiempo y curiosidad. Tal vez, incluso, pueda decirse que quien llega a un lugar dando rodeos merece un poco más el descubrimiento de las ciudades a las que viaja.

Todo este circunloquio me sirve ahora para decir por qué he decidido hacer el elogio de las carreteras secundarias. Al empezar a escribir pensaba en las muchas metáforas que pueden servir y que han servido para hablar de la escritura ensayística. Un largo paseo, una buena conversación con uno mismo, un viaje, la construcción de una casa laberíntica: cada una de estas imágenes revela un poco de lo que el ensayo

ofrece a quien lo escribe y a quien lo lee, y acaba describiéndolo con más fuerza que cualquier definición sucinta de diccionario, quizá porque ni el viaje, el paseo, la conversación ni la construcción arquitectónica se reducen a su condición esencial: cada una de estas realidades toma la forma que les da quien las evoca, de manera que los paseos de Montaigne nunca serán iguales a los de Hazlitt, aunque el acto de pasear en tanto arquetipo platónico sea una misma cosa.

Al recorrer las páginas de los *Pequeños tratados* de Pascal Quignard, me topé con una comparación a mi parecer bellísima y atinada. Se trata de una metáfora múltiple y laberíntica que describe varias cosas a la vez:

El amor, la amistad, las obras que uno compone: de golpe un pedazo de acero imanta mil fragmentos de todo lo que nos rodea y que está disperso. Es el encajamiento extraño del coito, es la cristalización de los cristales, o de los peces fosilizados, el cielo, el tiempo: todo se polariza y se convierte de pronto en relato.⁴

Aislado de su contexto, el fragmento que acabo de citar no deja claro si la metáfora del imán se refiere al amor, a la amistad o a las obras que uno compone, o si bien los tres elementos citados pueden ser en un momento dado el centro de esa especie de Aleph formado por todo lo que sucumbe a su atracción. No se sabe porque en cada palabra del fragmento hay algo del magnetismo al que alude y también porque en la experiencia misma de lo magnético está el confundir la función de los elementos que intervienen en él: una palabra llama a la otra y ambas a la siguiente, de modo que al final ya no se sabe dónde nació esa fuerza poderosa gracias a la cual una letra se convierte en una palabra, y esa palabra en una oración y luego en un párrafo.

⁴ Pascal Quignard, *Petits traités I*, París, Gallimard, 1990, p. 24.

Al incluir en la lista de imanes “las obras que uno compone”, el aglutinamiento metafórico de Quignard —el que describe en sus palabras y que éstas ejemplifican— revela, desde mi punto de vista, ese milagro que ocurre en la escritura. No sabemos a ciencia cierta si el poder de atracción reside en la blancura del papel, en la primera palabra que nos viene a la mente o en la primera imagen. Lo cierto es que algo imanta fragmentos que estaban desperdigados en alguna parte sin que, en principio, hubiera un vínculo entre ellos. Poco a poco, a medida que avanzan las líneas sobre la hoja o en la pantalla de la computadora, aparecen recuerdos, olores, sabores, datos, palabras, emociones, dolores, imágenes absurdas, silencios; se ordenan según un mandato muchas veces indescifrable; se transforman en algo que antes no existía y que, como por arte de magia, adquiere sentido.

Entre las aplicaciones lúdicas y banales del imán (tal vez sea éste el fenómeno físico que más se preste a las invenciones sorprendentes e inútiles), recuerdo un pequeño pizarrón en el que fragmentos de metal formaban líneas y dibujos gracias a un lápiz magnético. Aunque los dibujos resultantes nunca eran muy hermosos, uno podía pasarse horas dando forma a aquello que, antes de jugar, parecía una simple basurilla arrinconada en las esquinas del pizarrón.

Si este juego extraño viene a cuento ahora es quizá porque al hablar del ensayo creo necesario acudir a un avatar visual de la fuerza magnética: como en el tablero, la escritura ensayística echa mano de basuritas, desechos insignificantes y aparentes retazos, les da forma y los vuelve visibles. Al no tratarse de un lápiz convencional, además, las figuras trazadas por la barra de imán no son perfectas ni fácilmente reconocibles, pero tienen una cualidad que las figuras hechas a lápiz de grafito no poseen: la lentitud de lo que ha sido construido a tuestas, con trabajo, con la paciencia que se necesita para unir lo disperso y volver legible lo confuso.

Como el juego absurdo de los imanes, como las carreteras secundarias y los paseos por el campo, como la misma metáfora, el ensayo es un género lento que nos deja ver por las ventanillas los detalles del paisaje. Al escribir, uno siente que los minutos corren menos de prisa, que las cosas están hechas de materiales más tangibles, que las palabras pueden aludir a lo que nos es más cercano. Escribir es una manera de detenerse más seguido, de no avanzar demasiado deprisa, de no *pasar* simplemente por la vida y, por lo tanto, de ver mejor: ver, comprender, recordar mejor, con colores más vivos y formas, si no más perfectas, más a la medida de nuestros ojos.

LA VIDA EN ROSA

Hay una distancia desde donde el mundo parece habitable. Si existiera un instrumento para medirla, uno trataría de despertar cada mañana en esa región exacta desde la cual levantarse cuando aún está oscuro, dejando a un lado la almohada y las sábanas que ya parecían formar parte del propio cuerpo, es algo normal y necesario. Desde esa atalaya, la insensatez de subirse a un coche y de pasar en él la mitad del día para ir y volver del trabajo forma parte de un todo coherente, al igual que la fatalidad de dedicar buena parte del fin de semana a lavar la ropa, ir al supermercado o encontrarnos con la familia que no hemos visto en muchos días. El ir y venir de días y noches atareados con cosas que en realidad no nos importan, la firma que hay que conseguir para hacer esto o lo otro, el dolor de cabeza que va y viene según suba la tensión, formarían parte de la normalidad si consiguiéramos situarnos en ese punto imaginario de un termómetro que marcara los grados que separan la vida en rosa del oscuro rencor hacia todo y hacia todos.

Hay veces en que el amor, los negocios exitosos o una conversación afortunada nos disparan hacia el último piso de lo que por comodidad podría llamarse “observatorio interno”. La adrenalina y otros componentes químicos y biológicos de nuestro cuerpo son seguramente la causa de que de pronto, sin que veamos la totalidad del proceso, ya no deploramos la fealdad del mundo ni percibamos nuestro cuerpo como un empa-

que incómodo. El desorden que vemos todos los días se organiza en colores y formas comprensibles e incluso bellas desde la lejanía de quien no quiere meterse en problemas. Desde ahí, somos capaces de obviar casi todo, desde la espinilla que nos brota en la frente al agujero de ozono, integrando los detalles incómodos en una abstracción conveniente.

Como quien entrecierra los ojos para ver de lejos, evitamos las verdades que zumban como moscas en nuestros oídos, y hacemos como que lo malo no es tan malo. A veces, el miedo a descender a los niveles más bajos del observatorio es una invitación a no movernos de las alturas y acostumbrarnos a un mundo general, diminuto y perfecto. Decimos entonces a quienes observan que el cierre de nuestro pantalón no llega hasta arriba que no estamos gordos sino llenitos; “es una pérdida prematura de melanina”, respondemos a la peluquera que encuentra las primeras canas en nuestra melena treintañera. El vaso está medio lleno y uno, francamente, no está para escuchar verdades que, desde el último piso de nuestra mirada, no son sin puntitos diminutos que se pierden en el paisaje.

Variaciones ínfimas en los niveles de serotonina y de litio, sin embargo, pueden lograr que abandonemos esa distancia idílica para instalarnos en una especie de fosa desde la cual los enanos parecen gigantes y el niño más tierno se convierte en el producto oneroso del acoplamiento entre un macho y una hembra. Estar ahí, sentimos de pronto, es no engañarse creyendo que la vida es un milagro y que habrá solución para nuestros problemas, que en realidad son los de cada uno de los habitantes del planeta. Da igual una quincena que cien años, si de todos modos los días son todos iguales; la Tierra está sobrecalentándose y en veinte años no habrá agua que alcance; la amistad y el amor son sólo manifestaciones del miedo a la soledad. Lo que antes parecía un conjunto armonioso puede ser de pronto, desde la fosa del extremo sentido común, una sucesión de disparates tan accidentales como nuestra propia existencia.

Entre el alejamiento idealista y la cercanía temeraria, está esa distancia a la vez prudente y atrevida que nos permite ver el mundo tal cual es sin tenerle demasiado miedo. Una mirada perfecta, sin miopías ni astigmatismos, capaz de ver infinitud de matices donde otros sólo ven un solo color. Falta descubrir ese tercer ojo que se abre cada mañana al igual que nuestros párpados y, sobre todo, encontrar la manera de medir la distancia adecuada para cada uno. Desde las alturas rosáceas de una mañana de verano, con una risa querida resonando aún en los oídos, puedo creer que en poco tiempo una clínica ofrecerá a bajísimos precios cirugías indoloras para solucionar ese tipo de problemas oculares.

CONSIDERACIONES SOBRE EL ASCO

El asco es un problema de distancia. Distancia suficiente para aislar los olores desagradables, para saber que las mucosas palpitantes que vemos en la pantalla del cine o la televisión no son las nuestras, para tolerar lo intolerable con el pretexto de que se trata de una cultura ajena y por lo tanto respetable. No es necesario estar a kilómetros de distancia: muchas veces se trata tan sólo de una actitud, de una indiferencia conseguida de manera gratuita, sin que en ese acto de aparente valentía intervengan la voluntad ni la práctica cotidiana de los actos escatológicos. Es muy probable que el hombre que cada mañana se encarama en la parte trasera del camión de la basura para recibir los desechos de la ciudad siga sintiendo repugnancia ante las formas indefinidas, los olores pútridos y la sensación de ignorada materia en la piel, pero hay gente que sin ser especialmente malvada descubre un día que no le son especialmente desagradables las imágenes que la mayoría de la gente juzga insoportables y que, incluso, puede llegar a encontrarlas hermosas.

Que el asco es un asunto de distancia es fácil de demostrar cuando se piensa en lo difícil que puede ser para algunos el disfrute de placeres tan sofisticados como el vino, el café o la cerveza oscura. El proceso de fermentación de algunos quesos puede también provocar violentas reacciones en mentes hechas a la idea de que entre la leche que uno bebe en el desayuno y el queso del sándwich no hay sino un cambio de forma y esta-

do. Nótese que no estoy hablando aún del paladar, sino de la simple representación mental que uno puede tener de la fabricación de los lácteos, pues si bien es común conocer gente que dice morirse de asco ante la sola imagen del queso roquefort, pocos hay que de verdad le hayan hincado el diente a tan excepcional manjar. En lo personal, suelo divertirme al recordar a un grupo de jóvenes estadounidenses que, no pudiendo tolerar el documental que el maestro de francés nos pasaba sobre las cavas de Roquefort, corrieron asqueadas y pudorosas a cantar su indignación del otro lado de la puerta.

Si una se detiene a pensarlo, el queso verde —o azul, si preferimos la elegante convención gastronómica— ofrece a sus detractores numerosas razones de inconformidad sanitaria. Para empezar, la leyenda de su origen afirma con orgullo que el roquefort nació cuando un pastor olvidó un pedazo de queso de oveja en una gruta húmeda y al volver, días después, ya estaba verde pero mil veces más sabroso. En segundo lugar, se trata de un alimento de aroma y sabor muy penetrantes, al que los franceses han reservado un ritual particular en la mesa. Ante la impresionante variedad de una tabla de quesos servida al final de una comida o cena —acompañando la ensalada y justo antes del postre—, ningún iniciado comerá primero el roquefort, a menos que no quiera probar ninguno de los otros que se le ofrecen. Su sabor es tan fuerte que comerlo en primer lugar anularía el sabor del resto; dejarlo al final dice mucho, además, de la importancia que se le concede.

Distancia. Comer lo más fuerte al final y dejar de lado todo tipo de consideraciones sobre la higiene del producto son condiciones indispensables para disfrutar del queso roquefort, pero no sólo de él. Los placeres verdaderos por lo general no son higiénicos, y ser demasiado conscientes de ello pone en riesgo no sólo el disfrute sino la salud mental de los interesados. Puestos a encontrar similitudes, el cuerpo humano y el queso roquefort tienen en común todo aquello que la cultura domi-

nante nos ha enseñado a no ver. La idea del cuerpo que se difunde en las revistas de moda, en el cine y en la televisión, por ejemplo, podría compararse sin muchos problemas a esos quesos empaquetados y pasteurizados que se venden en el supermercado con nombres de quesos europeos, sin que ninguno de ellos tenga nada que ver con el verdadero queso manchego, bien grasoso y lleno de bacterias, o con el proteínico gouda holandés.

Distancia. De lejos, un cuerpo puede tener la apariencia de una Barbie o un Ken de plástico, sin olores, pelos ni señales. De cerca, sin embargo, la piel humana nos enseña la capacidad infinita que tiene para almacenar bacterias de todo tipo. Ácaros inmundos circulan impunemente por una superficie menos homogénea de lo que pretenden mostrarnos los comerciales satinados de *Lancôme*, y pelos de todos tamaños invaden piernas, pubis, y muchas partes más que sería fatigoso mencionar. Si una gran parte del mundo mediterráneo guarda aún como un tesoro la admiración por sus varones velludos, en el resto del planeta hombres y mujeres son sometidos por igual a procesos de depilación con el único fin de evitar que el asco arruine la concepción idealizada que tanto la pornografía como las películas románticas dan del sexo.

Vellos, olores, formas y texturas que, con la distancia adecuada, ofrecen placeres tan refinados como el de un buen roquefort untado sobre un trozo de pan crujiente. Guardo en la memoria un recuerdo curioso y muy ilustrativo del papel de la distancia en la percepción del mundo. Hace un tiempo, asistí a una exposición de instalaciones montadas por varios artistas jóvenes en un exconvento muy grande y muy hermoso, que se prestaba al mismo tiempo para la meditación y la contemplación divertida. Después de ver sucesivamente videos de pies chapoteando en el agua, marionetas de circo y gente durmiendo en colchonetas acondicionadas para ello, descendí a lo que algún día fue la cripta del exconvento.

Como ya estaba cansada, prescindí de la lectura explicativa y observé sin mucho cuidado una serie de frascos de vidrio ordenados en unos estantes. El contenido de los frascos llamaba la atención por la variedad de sus colores y la indefinición de sus formas. No parecía pintura, pero las tonalidades eran realmente espectaculares. Por un momento pensé que eran fetos de animales, o incluso conservas de algún alimento, pero después me convencí de que la intención del artista era simular un desván de hospital o algo así, con cuerpos conservados para su estudio científico. Me acercaba a los frascos, imaginaba hipótesis, adivinaba formas en el interior de los recipientes, con la tranquilidad de quien llega al final de un largo camino y se demora en la última etapa.

Cuando, por fin, leí las tarjetas explicativas, la sensación de asco superó todo lo que yo había experimentado jamás: el autor de la instalación se había dedicado a vomitar toda la comida ingerida durante un tiempo determinado, llevando un registro minucioso de todo ello. No dejo de pensar que si no hubiera leído las tarjetas, esto es: si hubiera conservado la distancia correcta, mi recuerdo sería ahora el de una hermosa tarde coronada por la visión de una gama infinita de colores acuáticos.

FORTALEZAS

Después del incendio, los ojos humanos fueron más sensibles al vacío entre los árboles. Nada pudo hacerse para volver fértil la tierra calcinada. Nada para reanimar las raíces aún aferradas a las piedras. Pero había espacio todavía, lejos de ahí, para intentar nuevas plantaciones. Pequeños árboles, arbustos de apenas medio metro de alto erizaron el suelo del bosque en espera del temporal. Como una bendición, las guías amarradas a sus troncos debían bastar para protegerlos del viento y las tempestades.



Agosto. Casi al terminar el tiempo de lluvias, los pequeños árboles se yerguen en medio del barro endurecido. Hay que remover la tierra, borrar las cicatrices de tormentas sucesivas y fracturar la superficie casi petrificada por el agua y el calor. Cerrar las grietas y abrir nuevos espacios, dejar que el aire penetre el suelo y oxigene las raíces. Herir la piel o costra que rodea cada árbol, volverla nuevamente susceptible a los embates de la lluvia para que el barro no acabe asfixiando aquello que tan celosamente guarda entre sus paredes.



La heroína es ciega. El primer impulso de la gente es burlarse de ella o protegerla. Pero ella sabe escuchar, y las ondas del

sonido le indican con precisión hacia dónde lanzar sus cuchillos. Gira sobre su propio eje, dobla su cuerpo ante la cercanía de los demás y, como el bambú, resiste los golpes del viento sin quebrarse. Los hombres la siguen por el bosque e intentan verla desnuda mientras se baña sin saber que, para ella, la fuerza de las miradas no es menos perceptible que el aire o el fuego. Ella camina a tientas, guiada por hombres valerosos que esperan su cuerpo como recompensa. No pueden imaginar que sea ella quien indica el camino, como la corriente invisible que los peces obedecen sin darse cuenta. La heroína llega a su destino y lo que fue debilidad se revela como una fuerza más poderosa que cualquier músculo: ella ve, ha visto todo el tiempo mientras los ojos de sus guardianes no hacían más que adornar sus rostros enfebrecidos por el deseo.



Para tener una sola idea hay que acallar el torbellino de imágenes que agitan el pensamiento. Buscar el silencio, detener el movimiento de las cosas, hacer un nido de paz y quietud para que un destello de lucidez nos permita ver. Lo mismo para el deseo: antes de poseer cualquier cosa, los ruidos que parecen importantes deben desaparecer, callarse las voces que invitan a cambiar el rumbo a cada paso, irse los simulacros que nos confunden. Sólo en el silencio, sólo en el vacío puede el deseo echar raíces y crecer como un fruto.



El dolor, las pequeñas fracturas que nos recorren como caminos en un mapa, los puntos vulnerables, son espacios que nos abren ante la mirada del otro. La verdadera fortaleza no está en el barro que nos protege de la intemperie ni en nuestros rostros

maquillados e impolutos. Está en los intersticios, en los canales que permiten la entrada del agua y del aire, en el vacío que al mismo tiempo nos vuelve vulnerables y fértiles. Sólo entre surcos de tierra removida y doliente germina la semilla.

LA FRAGILIDAD DE LOS HÉROES

Más que la ejecución de actos valerosos y proezas físicas, lo que suele convertir a un ser de carne y hueso en un personaje heroico es la mirada de otros seres humanos. Ningún héroe de la historia o de la literatura podría considerarse como tal de no haber habido en torno suyo alguien más, un hombre o una mujer atentos a cada uno de sus actos, conmovidos por sus luchas interiores y exteriores. Inspirar la admiración, despertar el deseo de ser como alguien, suscitar la felicidad o el alivio de saber que un individuo enaltece a la especie humana no son atributos menores de la figura del héroe.

Tanto en la historia como en la literatura, hay miradas y voces que operan la misteriosa transformación de un ser humano común y corriente en un personaje ejemplar y memorable que trasciende los límites de la vida humana para convertirse en símbolo y paradigma de comportamiento individual y colectivo. Muchas veces, en la literatura, estas miradas y estas voces proceden de quien narra, con cualquier pretexto, las peripecias de aquel que despierta al mismo tiempo su curiosidad y su admiración. Las biografías, las novelas, las historias de hombres reales —o seres ficticios ya instalados en el mundo real—, son muchas veces el acercamiento de quien escribe a la complejidad de un personaje heroico: acercarse a un héroe, inventarlo, no es solamente consignar ante otros su lado visible sino también sus zonas más oscuras y recónditas, sus dudas y sus limitaciones. Lo que hizo —lo que puede probarse con

documentos y testimonios— pero también lo que pudo haber hecho, para bien o para mal.

En la historia, la identidad de los testigos va desvaneciéndose casi en la misma medida en que los actos de los héroes adquieren la cualidad de hechos fatales, predestinados, sobrenaturales. Con el tiempo, los hombres venerados se convierten en estatuas de bronce, en nombres de avenidas concurridas o no, en rostros acuñados en monedas y repetidos en las aulas con desigual fervor patriótico. La literatura y el cine, en cambio, ofrecen ejemplos conmovedores de seres imaginarios retratados con todos los claroscuros que ameritan sus defectos y virtudes y, sobre todo, de obras en las que los vicios, enfermedades e imperfecciones de todo tipo se convierten en el tema principal.

Tanto los *Ensayos* de Montaigne como las *Confesiones* de Rousseau muestran que cuando un hombre se observa a sí mismo verdaderamente de cerca, su atención queda atrapada en los obstáculos superados y no en lo que los otros perciben como valioso. Pero para que las sombras queden plasmadas en el cuadro sin convertirse en condena, para que los defectos y debilidades recuperen su lugar en el reino de lo humano, hace falta una mirada atenta, comprensiva y bondadosa que pocas veces se encuentra dentro de los límites de uno mismo.

Lo que nadie ve, lo que nadie sabe de los héroes, se desvanece con la misma rapidez con la que, al morir, sus huesos se confunden con la tierra. Porque, en principio, un héroe debería ser una realidad sin fisuras, una representación inmediata y efectiva de las esperanzas que la humanidad deposita en cada uno de sus individuos. Los héroes de bronce, sin embargo, tienden a desgastarse y a perderse como las estatuas bajo los excrementos de las palomas. De tanto ver a Benito Juárez en los billetes de veinte pesos y al cura Hidalgo en el gesto siempre repetido de romper cadenas en los parques, uno termina por no verlos y olvidar que antes de ser símbolos nacionales

fueron hombres que creyeron en algo y lucharon con lo mucho o lo poco que tenían para conseguirlo.

Encontrar al hombre tras los ropajes del héroe es una buena razón para entrar en los museos o casas-museo que casi todas las ciudades históricas del mundo cuentan entre sus atractivos turísticos. En la antigua Valladolid, un edificio magnífico emerge de pronto ante la mirada de quien pasea por la ciudad. Sin letreros, la casa de José María Morelos y Pavón llama la atención por la convicción de sus líneas, por su altura algo mayor que las casas del vecindario, por el rosado de la cantera de sus muros y, sobre todo, por una veranda con tres columnas que parece desmentir la sobriedad de la construcción. Antes de preguntarse por la utilidad del edificio, uno quisiera subir ahí para colgar medio cuerpo por la balaustrada de hierro y ver Morelia desde arriba. Uno se entera después que el segundo piso de la casa —justo donde se encuentra la veranda— fue diseñado y construido por el propio Morelos, y que el edificio alberga hoy un sencillo museo dedicado a su memoria.

En esta casa se conservan objetos y papeles personales y familiares de Morelos. Hojas donde alguien llevaba con números finos las cuentas de la casa, cartas y certificados de estudios, una vajilla, cajitas destinadas a guardar tabaco o pastillas, unos lentes de sol. Protegidos por una urna de vidrio, los lentes de Morelos bastarían por sí solos para justificar la existencia de todo el museo de no ser porque el resto de los objetos ayuda a perfilar los rasgos de un hombre pobre que con sus estudios y su trabajo de cura de aldea realizó uno de los sueños de su vida: construir una casa a su gusto. No se conservan los planos del segundo piso de la casa pero podemos imaginar que la veranda y el patio fueron el principio de ese edificio que ahora recorreremos. La posibilidad de ver la ciudad desde lo alto, acodado en el balcón o tranquilamente sentado en un banco de madera o piedra es un buen aliciente para lanzarse a la aventura de construir lo que sea: una casa o un país.

Los instrumentos de labranza que sus padres y él usaron antes de emigrar a la ciudad, las cartas en las que el padre Morelos solicita permiso para alargar sus estudios y dejar de ser un mero cura de pueblo, los testimonios sobre la mala salud de su madre y la frágil economía una y otra vez repasada en las sumas enmarcadas dan cuenta, al igual que los lentes de sol y los pastilleros, de una voluntad dispuesta a ir más allá de sus propios límites. Un retrato del caudillo nos recuerda que ese hombre fuerte y decidido tuvo también el coraje de librar una batalla íntima y sin tregua con un enemigo que, aún hoy, suele ser implacable: la migraña. Lejos aún de la farmacéutica moderna, capaz de paliar en unas horas —aunque a precios elevadísimos— la opresión en los ojos y las náuseas migrañosas, José María Morelos sujetaba hierbas medicinales con un paliacate que hoy se ha vuelto uno de nuestros símbolos patrios.

Chiquiadores en las sienas y lentes de sol para soportar la luz que, en las crisis migrañosas, se ensaña contra el cerebro. Una veranda para disfrutar de la felicidad infinita que llega tras varias horas o días de luchas contra el ruido, el dolor y la mala suerte de padecer una migraña. Más que ningún objeto, los lentes de sol de Morelos restituyen al hombre heroico que debió parecer aún más admirable a los contemporáneos que sabían que su lucha contra la corona española escondía otra guerra para la cual no había pólvora ni ejércitos.

Hoy, tantos años después de su muerte, duele imaginar que, para vengarse, los enemigos más acérrimos de Morelos buscaron ante todo destruir la casa que él, con tantos trabajos, había construido. No podían destruir completamente el país, pero casi no dejaron piedra sobre piedra de ese segundo piso diseñado y construido por Morelos. Más fuerte que la cantera, sin embargo, persiste la tenacidad de esos vidrios verdes y pequeños que protegieron los ojos atormentados de un hombre con migraña.

LA CERTEZA DEL MIEDO

En una película de Tim Burton hay un personaje cuya vida queda marcada para siempre el día que acepta ver en el ojo de una hechicera la forma de su propia muerte. A diferencia de los otros niños que lo acompañan en su expedición a casa de la bruja, el protagonista de *El gran pez* intuye que saber las condiciones precisas de su final no será una carga insoportable, sino un amuleto seguro contra todas las formas del miedo. Porque el horror de ver las circunstancias de su muerte es también, para él, la certeza de no estarse jugando la vida cada vez que emprende un viaje o que se embarca en una aventura peligrosa, lo cual le confiere una libertad y una valentía poco comunes.

Confieso que cuando el protagonista de la película se acerca a la bruja para ver su ojo mágico, sentí tanto miedo que estuve a punto de gritar “¡no lo hagas!”. Sabía que se trataba de una película, y que tan temeraria decisión debía no de solamente marcar su vida sino también el desarrollo de la trama. Pero, aunque mi empatía con los personajes de la historia no me llevó tan lejos como para gritar de verdad, no pude evitar cuestionarme a mí misma sobre mi reacción en caso de que una hipotética bruja me pusiera ante una disyuntiva semejante. ¿Sería capaz de vencer el miedo, un miedo terrible, si a cambio me concedieran la facultad de no sentirme acosada por él nunca más en la vida?

Aunque parezca mentira, no han sido pocas las ocasiones en las que hubiera podido dejar que alguna vidente me leyera

la mano o viera mi suerte en las cartas. Una buena amiga mía que suele viajar mucho tiene la manía de averiguar, en cada ciudad donde se instala, cuál es la adivina más confiable. Amores mal correspondidos, problemas en el trabajo, enfermedades o viajes inesperados desfilan ante los ojos de las psíquicas con una precisión que ella califica de alucinante, y que ostenta como prueba de que mi reticencia a conocer el futuro es un grave error. Pese a todo, yo nunca he tenido el valor de mi amiga, y siempre me he refugiado en mi supuesta racionalidad para evitar que miradas más adiestradas que la mía averigüen los pormenores de mi destino.

Si uno se detiene a pensarlo, tener una o dos certezas sobre el futuro no es muy diferente a jugar el juego de los ahorcados. El primer jugador, que en este caso figura como una especie de dios o, por lo menos, de vidente, revela una de las letras que componen una palabra que sólo él conoce. Toca al segundo tratar de adivinarla mediante un método sencillo pero arriesgado que consiste en elegir las letras que, según una hipótesis formulada a partir de la pista inicial, forman la palabra desconocida. Si dar con la letra correcta significa contar con nuevas pistas para la adivinación, cada error va completando una muerte vaticinada por la horca y por el cuerpo que se dibuja al ritmo de las equivocaciones. Gana quien, impidiendo al contrincante completar la figura del ahorcado que lo representa, consigue adivinar la palabra prefigurada por la primera letra.

Hubo una época en mi vida en que el futuro se perfilaba como una serie de espacios en blanco interrumpidos por algunos acontecimientos ya fijados de antemano. El patio de recreo de la escuela donde estudiaba era el terreno donde las niñas confirmábamos estar en lo cierto con respecto al orden y a la importancia de esos actos inamovibles, y nos aventurábamos a completar con la imaginación las lagunas que el destino aún no nos revelaba. Sabíamos, por supuesto, que algún día muy lejano habríamos de morir, convertidas seguramente en unas an-

cianitas. Era un hecho, también, que un día íbamos a tener una fiesta de quince años, y un novio apuesto, una boda grandiosa y por lo menos dos hijos.

Como si esas certezas fueran insuficientes, nos empeñábamos además en definir de una buena vez los pormenores de cada uno de esos pilares en los que parecían sostenerse nuestras vidas. Así, al terminar nuestra monacal primaria, casi ninguna de nosotras había cruzado palabra con otro niño que no fuera su primo o su hermano, pero casi todas habíamos decidido la edad en que nos casaríamos, la profesión y el nivel económico de nuestros esposos y, por supuesto, la cantidad de hijos que tendríamos, el sexo y los nombres de cada uno de ellos. Tal vez ninguna de nosotras supiera de memoria las capitales de los estados de la República, pero todas dejamos la primaria convencidas de que haríamos un excelente papel en la vida.

No sé si quienes eran mis compañeras entonces vieron cumplidos sus vaticinios, pero yo tuve la suerte de equivocarme en casi todos mis pronósticos. En lugar del tablero de ahorcados que imaginaba, la vida resultó ser una página en blanco donde yo misma tenía que ir dibujando lo que se me iba ocurriendo, o lo que iba pudiendo según las circunstancias. Descubrí también con espanto que nadie parecía poder darme pistas acerca de la palabra oculta bajo esa blancura, y que no había más orden en las cosas que el que yo misma, o el azar, les fuéramos asignando.

La fantasía infantil de tener las cosas aseguradas de antemano encuentra su contrapeso en una magnífica película canadiense que vi hace algunos años. A diferencia del héroe de *El gran pez*, la protagonista de *Cuando cae la noche* no conoce la libertad gracias a la visión de su propia muerte sino a partir del derrumbe de todas las certezas y de los preceptos morales de su vida. Como una niña desconcertada ante la noticia de que son sus propios padres los que dejan los regalos bajo el árbol de Navidad, el personaje creado por Patricia Rozema descubre

en ella pasiones que no sabía que tenía, y que probablemente nunca incluyó dentro de su listado personal de posibilidades. Su sexualidad, el código religioso y moral de su entorno, el paisaje, dejan de ser marcas habituales para convertirse en los signos de una adivinación casi fantástica, que en este caso no surge del ojo de una maga sino del cuerpo de otra mujer. A partir de entonces, el tablero de ahorcados cede su lugar a un abismo en el que ella se deja caer mientras su amiga le dice al oído que el miedo “es el precio a pagar por la aventura”.

La oposición del viento, dice Juan de Mairena con poética sabiduría, hace suponer a la paloma que un cielo sin corrientes haría más fácil su vuelo, ignorante de que es precisamente esa resistencia la que le permite avanzar. En el fondo, el niño que mira en el ojo de la bruja y la mujer que enfrenta una sexualidad recién revelada llegan a ser libres porque entienden que lo único escrito de antemano es la palabra miedo o, mejor aún, que el miedo no es otra cosa que la blancura de una página donde todo, absolutamente todo, puede escribirse.

EL COLOR DE LOS SUEÑOS

No siempre es fácil recordar las cosas que uno sueña. Despertamos a veces, y es como si una fuerza muy violenta nos arrancara de una vida a la que nos hubiéramos acostumbrado poco a poco, transformando penosamente los minutos nocturnos en años, siglos, o una especie de lógica en la que poco sirven los relojes y los calendarios. Caras conocidas que nos asustan, muros que se convierten de pronto en amplios jardines, frases inconexas que parecen llenas de significado: todo se esfuma de pronto para dar paso a esa realidad de sábanas deshechas que forma nuestra vida cotidiana.

Para algunos afortunados, el paso del sueño a la vigilia es un proceso armónico, sin traumas de índole metafísica. En fracciones de segundo, el cuerpo experimenta ligeros entumecimientos que se explican fácilmente por alguna mala posición adoptada durante el sueño, un asomo de dolor de cabeza o incluso de fastidio ante el ruido puntual del despertador. Poseedores de una barrera o censura de inigualable precisión freudiana, estos felices individuos pueden reanudar inmediatamente las labores interrumpidas la noche anterior, sin la más mínima interferencia de algún sueño nocturno que los lleve a preguntarse sobre el significado de tal o cual imagen o, lo que es peor, a creer que es posible aderezar el desayuno del compañero con el relato de alguna aventura onírica.

Para otros, en cambio, el ciclo del sueño implica trastornos biológicos y psicológicos no menos violentos, por ejemplo, que

los que experimenta un viajero al trasladarse en avión de un lado a otro del Atlántico. Al igual que la velocidad de cualquier trayecto transoceánico supera la capacidad que el cuerpo y la mente humana tienen de adaptarse no sólo a la diferencia de huso horario sino de paisaje, lengua, costumbres y clima, el despertar puede ser un proceso especialmente violento para quienes, incapaces de desprenderse rápidamente de la sarta de tonterías que uno suele ver en sueños, dejan filtrar por las redes de la conciencia toda una serie de imágenes a veces tormentosas, muchas veces gratas y casi siempre incomprensibles.

Como los viajes felices, los sueños agradables pueden causar tristezas más o menos profundas en quien advierte con temprana lucidez que la mañana se empeña en negarle aquello que la noche le entregó sin apenas haberlo pedido. Conversar con un muerto querido, tener aquello que en la vigilia ni siquiera nos atrevemos a desear, son dones que sólo nos son concedidos en sueños, y descubrir su naturaleza intangible puede dejarnos en la desolación más absoluta. Muchos son los relatos y muchas las tradiciones en que las imágenes que consiguen traspasar la frontera no siempre impermeable entre el sueño y la vigilia orientan la vida real de los personajes. Muchas son también las historias que insisten sobre la dificultad de interpretar correctamente las claves que los sueños entregan a los durmientes como consuelo ante los tonos deslavados de la realidad.

La parábola sufí que Borges recupera en uno de sus cuentos, por ejemplo, habla de un hombre de Bagdad llamado Alí que ve en sueños un tesoro enterrado en El Cairo, y viaja hasta ahí para encontrarlo. Mientras excava, un guardia le pregunta al hombre qué es lo que hace, y éste le explica con detalle su sueño. El guardia se burla pues, le explica, él mismo ha soñado varias veces que hay un tesoro enterrado en Bagdad, en casa de un tal Alí, pero nunca ha sido tan tonto como para ir a buscarlo. Sin decir nada, Alí regresa a su casa y desentierra el tesoro, pues comprende que la casa que el guardia había visto en sueños

no era otra que la suya. De manera que a veces nuestros sueños, o lo que queda de ellos al despertar, contienen claves sobre nosotros mismos que sin embargo no libran su significado de manera inmediata: la obsesión por un rostro, por una sensación, por algo que creemos haber comprendido mientras dormíamos, puede guiar toda una vida, y encontrar su verdadero sentido cuando el sueño mismo ha dejado de importarnos.

Por una de esas asociaciones tan frecuentes en los sueños, pienso ahora en una exposición de Joy Laville que mi esposo y yo visitamos hace algunos años en la Ciudad de México. Grandes lienzos en colores pastel cubrían casi todas las salas del museo, introduciendo al visitante en un universo que, si bien aludía constantemente a una realidad cotidiana y palpable, evocaba más bien algo que la pintora parecía haber conocido en sueños. Las superficies rosas y azules que se repetían en cada uno de los cuadros tenían esa calidad material, como terregosa, de los colores de Tamayo; la elección de los tonos, sin embargo, se elevaba hacia algo que definitivamente no es de este mundo. Organizados en vastas extensiones de cielo, playas infinitas señaladas por la figura diminuta de algún paseante, o muros generosos contra los que se dibujan cuerpos siempre desnudos y un poco deformes de mujeres, los rosas y los azules de Joy Laville ocultan, tras su apariencia homogénea de día soleado, matices insospechados.

Al mirar largamente uno de esos cuadros, uno tiene la impresión de estar ante el infinito, y siente que es posible entrar en ellos y seguir la trayectoria de ese pequeño avión que se repite en muchos de los paisajes. Vértigo de la muerte en una playa rosa o azul: la ambigüedad de los sueños, que nunca son inocentes, planea en ese avión que bien podría ser aquel en el que el escritor Jorge Ibargüengoitia, esposo de Joy Laville, viajó por última vez. El detalle autobiográfico, subrayado por la presencia del novelista en algunos de los cuadros, confiere a la obra de Laville una atmósfera como de tiempo detenido,

de inminencia de un desenlace que vuelve más luminosos los instantes que lo preceden. Porque no es miedo ni dolor a secas lo que se dibuja contra los tonos pastel. Rodeadas por ellos, penetradas por su claridad solar, las figuras del avión y la del propio Ibarguengoitia —que unas veces se pasea y otras aparece recostado en algún sillón— son miradas con la alegría de quien vuelve a ver a un ser amado en sueños y despierta sintiendo aún su cercanía.

Un sueño no puede ser hermoso ni terrible sin una conciencia que, en la vigilia, lo ordene y lo juzgue bajo la luz del día que comienza. Si un sueño afortunado puede hacer llorar a quien despierta en la miseria, los sueños amargos nos hacen amar con más intensidad lo que creímos perder para siempre durante la noche. Pocas veces me he sentido tan feliz como esa mañana cuando, luego de oír las palabras más crueles y sentir que lo mejor de mi vida se acababa para siempre, el día me entregó una realidad más luminosa, más entrañable, que cualquiera de los mejores sueños que recuerdo haber tenido. Quizá, después de todo, regresar de los sueños con un poco de equipaje no es sino una forma de aprender a entender las tonalidades insospechadas del universo.

VIAJES DE INVIERNO

Al parecer, muchos dolores de espalda son causados por el peso de ciertos fardos mentales: culpas, rencores, angustias, conversaciones pospuestas. Hay quien camina erguido pese a llevar a cuestas una carga de leña. Otros inclinan los hombros, ignorantes del lío que entorpece sus pasos. Quisiera tener ojos para ver lo invisible. Caminar cada vez más ligera o, al menos, aprender a equilibrar cántaros sobre la cabeza, como las campesinas.



Para ser realmente azul, el cielo necesita el color de la roca o de la arcilla. Un muro blanco alzado contra el infinito, un tejado rojo que recorta su silueta en las horas más claras de la mañana, subrayan el aire y sustentan la materialidad del cielo. No es la cantidad de verde mezclado con el amarillo lo que determina la intensidad del azul sino el vuelo de las palomas, el racimo de primaveras que se yergue por encima de las azoteas al final de una avenida, el blanco de las nubes que interrumpe la continuidad celeste.



Mi mirada alcanza a ver muy lejos en el horizonte. Metros y metros entre mis ojos y el último punto visible esperan ser re-

corridos, recortados, gastados por caminatas largas y placenteras. Mi voz, en cambio, es apenas perceptible en un cuarto lleno de gente, aunque puede ganar varios centímetros si me esfuerzo y grito para llamar a alguien que casi se va. Me gustaría que mi voz y mi mirada fueran una sola y llegaran juntas ahí donde mis pies y mis manos no saben llevarme.



El tiempo y las experiencias nos transforman, y esos cambios no siempre se reducen al envejecimiento. Lina, una mujer de sesenta años, parece más joven treinta años después de su última estancia en la ciudad. Así la perciben, por lo menos, los ojos siempre atentos de Franc.



Viajar, irme lejos sin dejar en casa las partes incómodas de mí misma. Dejar el verano para encontrar un frío que penetra los abrigos y descubre un cielo claro y un sol meramente estético. Viajar para encontrar en la periferia algo que se esconde en la cercanía de lo cotidiano, en las costumbres y en las palabras que oigo todo los días. Tener frío en la piel, en los huesos, en la cabeza apenas cubierta, y encontrar sin embargo un calor insospechado. Ojos de gente amiga, la emoción en sus palabras y en su escucha atenta: espejos de un centro íntimo que alcanzo gracias a los demás, en un invierno glacial y cálido a la vez.



Milena es una gata inteligente. Sin dueño, encuentra mimos y comida en todos los departamentos del edificio. En las mañanas frías acostumbra tomar el sol en las azoteas y revolcarse panza

arriba en las esquinas más terregosas de los patios. Luego se limpia sin prisas, regodeándose en cada una de sus lamidas. Baja corriendo las escaleras cuando me oye llegar, haciendo un ruido gallináceo para evitar que la deje fuera al cerrar la puerta. Sabe que me hace feliz verla enroscada en la alfombra, con las patas dobladas bajo el pecho. Sé que le gusta jugar a las escondidas y comer atún. Milena es libre: puede irse cuando quiera.

DEJAR LA CASA

A mis padres, a mi hermano

Hay cosas que nunca cambian. Por muchas vueltas que dé la Tierra y sin importar lo lejos que estemos de nuestras primeras vacaciones junto al mar, la emoción de sentir la humedad pegajosa de la costa compensa siempre las interminables horas pasadas en carreteras saturadas por la huida masiva de la Semana Santa. Siempre es lo mismo. El calor que agobia la ciudad a finales de marzo y las sombrillas, hieleras y chancletas que los comercios exhiben enmarcados en palmeras de plástico, apremian a la población urbana a buscar a cualquier precio las bondades de un metro cuadrado de arena. Poco importa que el clima nunca sea tan benévolo como uno creía, ni que las tres horas que se habían calculado para llegar se conviertan en cinco: el purgatorio de los embotellamientos y la evidencia de que todos los vacacionistas se dirigen al mismo lugar que nosotros no es nada ante la primera aparición del mar insinuado entre los árboles.

Llegar a la playa, caminar en la arena con los pies descalzos, constatar con asombro repetido que el agua de abril está siempre demasiado fría para bañarse, son placeres que nos devuelven a esa edad en la que el mundo parecía recién hecho. Recostada bajo una palmera que al mismo tiempo me protege del sol y me deja indefensa ante un viento frío, miro a las familias que van de un lado a otro entretenidas por el reventar de las olas. Incluso los más pequeños, niños que recién han dejado de gatear, parecen aún más jóvenes, más infantiles que en

la ciudad. Por aquí y por allá se repite el juego interminable de cavar pequeñas fosas que han de llenarse con chorritos de agua, como para hacer un mar en miniatura. Otros cavan aún más profundo, movidos por una revelación curiosamente revolucionaria: si, como decían los franceses del 68, bajo el pavimento está la arena, la resequedad aparente de esta última bien podría ocultar una prolongación subterránea del mar. Habrá que demostrarlo.

Yo misma vuelvo a mis juegos de niña. Mis pies se entierran hasta donde la arena está más húmeda, y al sacarlos me maravillo de que puedan volver a verse limpios después. Como si en algún lado estuvieran los ojos vigilantes de mis padres, me alejo en silencio del pequeño campamento y me aventuro hacia el final de la playa. Dejo que mis pies exploren las diferentes texturas de la arena —seca por aquí, caliente por allá, dura más adelante y definitivamente pantanosa después— y llego a los peñascos. Siento el mismo miedo de caerme al agua que cuando tenía diez años, y como entonces permanezco quieta en la orilla. Miro las cavidades de la roca, cuencos de agua transparente habitados por pececitos de colores, cangrejos y erizos desconfiados. Como a los diez años, me digo que podría quedarme ahí para siempre mientras regreso al punto de partida.

Busco en la arena, como todos los vacacionistas, alguna conchita que pueda llevarme de recuerdo. Encuentro una y, como tantas veces, me da tristeza pensar que muchos de los caracoles que el mar deposita por las mañanas en la playa, de noche fueron la casa de algún bicho ahora indefenso o simplemente muerto. Miro a mi alrededor y observo que en la playa todos cargamos una casa mínima o máxima, según sea el caso. Algunos se conforman con una toalla y una sombrilla; los hay también que instalan sillas, mesas, toldos y sillones inflables para observar con la mayor comodidad posible la puesta de sol. En el lugar donde nos alojamos, hay espacios para que

estadounidenses y canadienses retirados estacionen sus casas rodantes, en las que no falta la mullida cama ni el televisor a color. Vuelvo a mirar el espléndido caracol que acabo de encontrar en la playa, y me siento aún más triste de verlo tan vacío, sin aquello que alguna vez permitió a su habitante desplazarse sin exponerse a la intemperie y a las incomodidades marinas. Prefiero dejarlo en la arena.

En medio de los niños que corren y los vendedores de algodones de azúcar me quedo pensando en todas las casas que he habitado en mi vida. A diferencia de las conchas de los caracoles, cuyo vacío parece no significar otra cosa que la muerte, los humanos podemos mudarnos sin dejar en ello la vida. Algo de ella se queda, sin embargo, cada vez que abandonamos una casa para ir a vivir a otro sitio. Las mudanzas, bien lo sabe quien ha sufrido alguna, nos obligan a hacer incómodos inventarios de todo lo que hemos acumulado. Como una víbora que lentamente se desprende de su piel, las cajas nos van liberando del pasado y nos preparan a envolvernos con nuevos ropajes que un día tendrán que ser abandonados. Cosas viejas que habíamos dejado de ver nos obligan a enfrentarnos con lo que fuimos.

Vuelvo a la ciudad. La niña que encontraba más diversión en las casas de muñecas que en las propias muñecas, a las que sacaba cada noche de su cuarto por miedo a que se confabularan en contra suya, reaparece de pronto ante la urgencia de vaciar la casa en la que viven mis padres. Qué extraño ver de pronto las cosas que antes me parecían tan familiares convertidas en escombros, en tiliches de los que hay que deshacerse en pocos días. Molusco incómodo, el cuerpo que habitaba hasta hace poco en esa casa tan grande se agita, esforzándose en olvidar el espacio en el que estaba para adoptar la forma exacta de la casa que habrá de ocupar mañana. Será preciso cortar las excrescencias, dejar sólo lo esencial; pero no siempre es fácil decidir cuáles son los miembros sin los cuáles el orga-

nismo dejará de sentirse como en casa y habitar en una extrañeza que poco a poco, qué duda cabe, acabará volviéndose familiar.

Nada cambia. En la playa, sigo sintiendo que es el sol el que se mueve y yo la que sigo en el mismo sitio de la noche a la mañana. Al ver la casa de mis padres semivacía, me parece que pertenezco aún a sus paredes y a su patio, aunque mis propias pertenencias hace mucho que no están ahí. La casa misma, que permanece intacta y habitada cuando pienso en ella, será tal vez derribada en unos días, y en su lugar habrá otra cosa —tal vez un edificio— donde vivirá gente extraña. Aunque probablemente la casa, con todas las huellas de nuestro paso por ahí, se mantenga en pie, hermosa y vacía como mi caracol. Me gusta pensar que al encontrarla, su nuevo dueño sentirá un poco de pena imaginándose los restos de vida que, al emigrar nosotros, se deshicieron poco a poco en las habitaciones que ahora él ocupa, como pedazos de molusco en la arena.

ÍNDICE

HORARIO CORRIDO

Oficina de objetos encontrados	11
La mejor canción del mundo	17
De puertas y ventanas	23
La rosa sin porqué	27
Fugacidad del paraíso	33
Trazos en la ciudad de arena	37
Erasmus y el basilisco	41
La parte por el todo	47
Ser la casa	53

QUEJAS Y SUGERENCIAS

El gusto incorregible de los demás	61
Microcosmos del silencio	67
Un amor mal correspondido	71
Crítica de la imaginación	75
El bolso femenino	79
Cosas del medievo	83
El viejo	87
Del bestiario laboral	93
El canto inútil de las ballenas	97

VUELVA USTED MAÑANA

Fragmentos a su imán	103
La vida en rosa	107
Consideraciones sobre el asco	111
Fortalezas	115
La fragilidad de los héroes	119
La certeza del miedo	123
El color de los sueños	127
Viajes de invierno	131
Dejar la casa	135

Días hábiles de Teresa González Arce, Textos de Difusión Cultural, Serie Diagonal de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 30 de julio de 2012. Composición tipográfica, formación e impresión Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Letrán Valle, 03650 México, D.F. Se tiraron 1,000 ejemplares en offset, en papel Cultural de 90 gramos. La tipografía se realizó en tipo Garamond de 8, 9, 10 y 11 pts. La edición estuvo al cuidado de Víctor Cabrera y de la autora.